

ALMAGRO EL MOZO



EL PRIMER PANAMEÑO CELEBRE

LOTERIA

JUNIO DE 1944 - No. 37

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

DIRECTOR: JOSE GUILLERMO BATALLA

REDACTOR JEFE: JUAN ANTONIO SUSTO

CAJA DE SEGURO SOCIAL



SUBSIDIOS DE MATERNIDAD.-

Según lo dispuesto en la nueva Ley, la Caja de Seguro Social concederá a las aseguradas en estado de gravidez, además de todos los beneficios por enfermedad y maternidad, un subsidio en dinero.

En Qué Consiste el Subsidio de Maternidad.-

El subsidio de maternidad consiste en un auxilio en dinero que la Caja pagará a la interesada, equivalente aproximadamente a UNA VEZ Y MEDIA del promedio de sueldo ganado por la asegurada durante los SEIS meses anteriores a la fecha de la solicitud del auxilio.—Ej.: si la asegurada ha devengado durante los seis meses anteriores un promedio de sueldo de B/.80.00 recibirá un total aproximado de B/.120.00.

Para Obtener el Subsidio de Maternidad.-

La asegurada deberá presentar un certificado médico al completar el SEPTIMO mes de embarazo. Si es maestra deberá comprobar además la fecha de su separación del empleo para mantenerle su derecho a los beneficios.

Cómo se Paga el Subsidio de Maternidad.-

El subsidio de maternidad se paga en dos partidas, la mitad seis semanas antes de la posible fecha del parto, o sea alrededor del séptimo mes, y la otra mitad una vez producido el alumbramiento.

Cuando el Alumbramiento se Produce al Séptimo Mes.-

La Caja de Seguro Social entregará inmediatamente a la interesada el total del auxilio a que tenga derecho una vez comprobado el caso por el médico que la hubiere asistido.

La LOTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

DIRECTOR: JOSE GUILLERMO BATALLA

REDACTOR JEFE: JUAN ANTONIO SUSTO

SUMARIO

Portada: Almagro el Mozo, primer panameño célebre.

	<u>Páginas</u>
Gerencia y Junta Directiva.....	2
Notas Editoriales	3
Números favorecidos por la suerte. De Enero a Mayo de 1944.....	4
Presidentes de Panamá (Don Rodolfo Chiari).....	5
Gabinetes de la República, por E. J. Castillero y J. A. Susto.....	7
Discurso de don Rodolfo Chiari.....	8
Un banquete en Panamá en 1842, por Matilde de Obarrio.....	9
José Isaac Fábrega, por Ernesto de la Guardia Jr.....	11
El Globo Dumont, por Santiago D. McKay (Fray Rodrigo).....	12
Jerónimo Ossa, por Narciso Garay.....	13
En la Junta (folklore), por Sebastián Villalaz.....	15
AYER Y HOY.....	16-17
Trágico fin de tres panameños, por Juan Antonio Susto.....	19
El Castillo de San Lorenzo, por Juan Bautista Sosa.....	20
Página poética	22
El primer panameño célebre (Almagro el Mozo), por S. Lewis.....	23

GERENTE:

Pedro Vidal Cedeño.

SUBGERENTE:

Rolando de la Guardia

TESORERO:

Carlos M. Arango

SECRETARIO:

José A. Sierra

LA JUNTA DIRECTIVA DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Presidente:

Juan A. Galindo

MINISTRO DE SALUBRIDAD Y OBRAS PUBLICAS

Vice Presidente:

Carmen E. de de la Guardia

PRESIDENTA DE LA CRUZ ROJA NACIONAL

Secretario:

José Antonio Sierra

DIRECTORES

Juan Antonio Guizado

COMANDANTE DEL CUERPO DE BOMBEROS

Padre: Domingo Soldatti

DIRECTOR DEL HOSPICIO DE HUERFANOS

Roberto Chiari

PRESIDENTE DE LA CAMARA DE COMERCIO

Eduardo de Alba

GERENTE DEL BANCO NACIONAL

Ing. Manuel J. Zárate

SUPERINTENDENTE DEL HOSPITAL SANTO TOMAS

Notas Editoriales

NUESTRA DESPEDIDA

Por Decreto Ejecutivo del 31 de Mayo último fue designado don Samuel Lewis Jr., quien hasta esa fecha venía desempeñando el puesto de Gerente de esta empresa, Ministro de Relaciones Exteriores, en reemplazo del dimitente de dicho cargo, doctor Octavio Fábrega.

El nombramiento del Sr. Lewis, si bien es cierto que priva a esta institución de los servicios de un dirigente que siempre tuvo en miras los mejores intereses de la Lotería Nacional, también lo es que lleva al Gabinete del Excmo. Sr. Presidente de la Guardia un colaborador valioso por muchos conceptos, un elemento de cualidades relevantes y que hará honor a la alta posición que ha pasado a ocupar. De aquí el que su designación haya sido recibida con beneplácito por la gran mayoría de nuestros conciudadanos y, muy especialmente, por las fuerzas jóvenes del país, que han visto en este ascenso un estímulo edificante y prometedor.



DON SAMUEL LEWIS JR.,
nuevo Ministro de Relaciones Exteriores.

En el desarrollo de sus futuras actividades encontrará el señor Lewis campo propicio para poner de manifiesto una vez más las muy apreciables prendas que adornan su personalidad. Para ello lo acreditan, además de su propia trayectoria y de sus merecimientos, la trayectoria brillante

de su ilustre progenitor, cuyo recuerdo grato y honroso para todos nosotros los panameños, será su mejor guía, su más poderoso incentivo, su constante inspiración.

“Lotería” siente la más profunda complacencia por la promoción de que ha sido objeto don Samuel, y en la seguridad de que interpreta el sentir de todos los empleados de esta empresa, consigna en estas líneas de despedida el vacío que en todos los ánimos ha causado su separación de la Gerencia, donde deja huellas imborrables de simpatía, y sus sinceros y fervientes votos por que el porvenir reserve los triunfos más apetecibles.

J. G. B. - J. A. S.

NUESTRO SALUDO

Por decreto ejecutivo firmado el 12 de los corrientes, ha sido distinguido con el cargo de Gerente de la Lotería Nacional de Beneficiencia el señor Pedro Vidal Cedeño.

La designación del señor Cedeño ha causado las más vivas simpatías en el seno de un núcleo numeroso de nuestra ciudadanía, y este hecho tiene plena justificación. Las colectividades siempre ven con agrado el enaltecimiento de sus altos



Sr. PEDRO VIDAL CEDEÑO,
nuevo Gerente de la Lotería
Nacional de Beneficiencia.

valores, el triunfo de quienes por un motivo u otro han logrado conquistarse el aprecio general.

"Lotería" saluda muy cordialmente al nuevo Gerente señor Cedeño, y formula votos fervientes por el mejor éxito de sus labores. Para alcanzarlo cuenta con credenciales valiosas que constituyen la mejor garantía para la salvaguarda y auge de los intereses de esta importante institución oficial.

J. G. B. - J. A. S.

Números favorecidos por la suerte de Enero a Mayo de 1944

Fecha	Sorteo	Primero	Segundo	Tercero
ENERO 2	1293	7921	2011	7238
" 9	1294	5700	1459	8836
" 16	1295	3696	0725	2567
" 23	1296	8318	6141	6462
" 30	1297	8287	7446	5337
FEBRERO 6	1298	4457	6780	9643
" 13	1299	0099	6592	5268
" 20	1300	0927	4392	8428
" 27	1301	1922	0995	7150
MARZO 5	1302	4337	7834	1743
" 12	1303	7195	9500	4452
" 19	1304	5531	5803	5541
" 26	1305	5623	3815	1401
ABRIL 2	1306	8990	6335	3091
" 9	1307	0400	7999	2099
" 16 (Ext.)	1308	7416	1474	1347
" 23	1309	7420	0083	6925
" 30	1310	5535	9867	4892
MAYO 7	1311	0395	0586	3105
" 14	1312	1282	2605	9875
" 21	1313	0414	9456	6291
" 28	1314	3041	6795	0477

PRESIDENTES DE PANAMA



DON RODOLFO CHIARI

Tercer Designado

19 de Febrero 1912 — 6 Marzo 1912

Primer Designado:

6 Junio 1923 — 10 Junio 1923

Sexto Presidente Constitucional:

19 Octubre 1924 — 7 Septiembre 1928

25 Septiembre 1928 — 30 Septiembre 1928

El 19 de Febrero de 1912, el señor don Rodolfo Chiari, en su carácter de Tercer Designado para ejercer el Poder Ejecutivo, por licencia concedida al doctor Pablo Arosemena, tomó posesión ante la Corte Suprema de Justicia, presidida por don Aristides Arjona.

El señor Arjona dijo, entre otras cosas: "Os sobran, en mi concepto, esos sentimientos, esa buena voluntad e interés de que hablo y si al emprender la ardua tarea, en vuestro transitorio paso por las regiones oficiales, alcanzáis, como lo espero, a coronar el éxito, vuestros procedimientos como gobernante formarán la aureola de gloria a que seréis merecedor como conductor de este noble pueblo que aspira a ser grande

al amparo de un Gobierno justo y probo".

El 6 de Junio de 1923 el doctor Belisario Porras, Presidente Constitucional de la República solicitó de la Corte Suprema de Justicia licencia por 10 días. A las 11 de la mañana de ese mismo día don Rodolfo Chiari a la sazón Secretario de Gobierno y Justicia y en su carácter de Primer Designado se presentó ante esa alta Corporación y una vez que hubo jurado el cargo, firmó el acta respectiva y se trasladó a la Presidencia de la República donde le fue entregado el mando por el doctor Belisario Porras.

El 19 de Octubre de 1924 asumió las

riendas del Poder por tercera vez don Rodolfo Chiari ante la Asamblea Nacional, cuyo Presidente Dr. Carlos L. López al darle posesión, manifestó lo siguiente: "Pero así como debe ser halagador para vos haber llegado al Poder por el voto casi unánime de los pueblos del Istmo, también debéis tener en cuenta que es más ponderosa la carga que el querer popular acaba de echar sobre vuestros hombros. Si arrrollador ha sido el esfuerzo nacional en su determinación de colocaros en esta alta posición, más delicado y más difícil ha de ser también la tarea a que desde hoy váis a dedicar vuestras energías. El pueblo panameño confía, sin embargo, en que habréis de salir airoso en la ardua labor que os ha encomendado, porque conoce vuestra rectitud, vuestro talento, vuestra honradez inmaculada y, sobre todo, vuestro gran patriotismo, llama santa cuya lumbre ha de iluminar y dirigir vuestros actos y vuestras decisiones".

Después de haber pronunciado su discurso de toma de posesión el señor Chiari, le tocó el turno al Presidente saliente doctor Belisario Porras, quien expuso lo siguiente: "Difícil es administrar o conducir pueblos. Poneos a dirigir un carro y podréis ver las dificultades con las cuales habréis de tropezar. Poneos a dirigir una nave y os hallaréis en idénticas condiciones. Hacedlo con vuestra familia y no faltarán sinsabores ni dejaréis de incurrir en errores. Considerad ahora lo que es conducir un país, y un país como el nuestro, en contacto con todo el mundo, situado al paso de todos los hombres del globo: el blanco, el amarillo, el rojo, el negro. Estamos como ciertas viviendas del campo a orillas del camino, de donde llegan a vernos y a saludarnos. Son viajeros que necesitan del agua, del fuego y de la sal. Es muy difícil, os lo digo. Felizmente sé que poséis la gran cualidad. Tenéis integridad y sois hombre bueno. Aristóteles, el gran filósofo de la antigüedad, en cuyos principios han venido abrevando los de los tiempos modernos y contemporáneos, decía en ocasión memorable: "es mejor para una ciudad ser gobernada por un buen hombre que por buenas leyes".

En "La Estrella de Panamá" del miércoles 1º de Octubre de 1924, apareció publicada la siguiente biografía: "Cuando era niño, Rodolfo Chiari, se dedicó a la carrera del comercio, ocupando un puesto humilde en el Bazar Francés, donde prestó sus servicios durante nueve años, captándose el cariño de sus jefes. El joven Chiari era un modelo en el cumplimiento de su deber y poseía singulares aptitudes para triunfar contra los embates de la suerte. No obstante sus prolongadas horas de labor, dedicaba sus momentos de reposo al estudio, pagando con su reducido salario los buenos oficios de competentes profesores que fueron modelando su

inteligencia y preparándola para las conquistas del futuro. Así fue el joven Chiari pasando de una posición a otra, en escala ascendente, hasta llegar al último escalón. Tenía 21 años de edad cuando ocupaba el puesto de Gerente del Bazar Francés. Era un mozo enérgico y batallador, de ejemplar conducta y de honradez insospechable.

"La decadencia de los negocios de la mencionada casa comercial lo privó de realizar sus aspiraciones cuando se disponía a establecerse por su cuenta propia y retar la fortuna; la enfermedad de su padre lo llamó a la casa solariega donde las labores del campo reclamaban sus actividades. El joven comerciante tenía aptitudes para todo. Nada para él más grato que regar con el sudor de su frente la fecunda madre tierra . . . Así fué levantándose, con el alma saturada por las brisas del campo, con el corazón abierto al bien, con el brazo listo para surcar las eras y regar la semilla fertilizadora.

"Muerto su padre, el joven Chiari se dedicó con preferencia al cultivo de la caña de azúcar, mientras con el producto de sus desvelos cuidaba de la autora de sus días y por la educación de sus hermanos. En estas labores agrícolas lo sorprendió la voz de sus conciudadanos: Panamá se había declarado independiente y le señalaba un puesto en la Convención Nacional Constituyente. En esa Corporación hizo labor inteligente y patriótica y más tarde ocupó el puesto de Subsecretario de Hacienda y Tesoro, la Gerencia del Banco Nacional, la tercera designatura y el Poder Ejecutivo en el año de 1912, por separación del Presidente doctor Pablo Arosemena. Dos veces ha desempeñado la Secretaría de Gobierno y Justicia y dos veces también ha sido honrado con la primera designatura y postulado en tres ocasiones para Presidente de la República".

Don Rodolfo Chiari nació en la población de Aguadulce el 15 de Noviembre de 1869 y murió en la ciudad de Monrovia, California (Estados Unidos) el 16 de Agosto de 1937.

El día 30 de Agosto de 1937 llegaron a esta ciudad los restos del ex-Presidente Chiari. En el cementerio, el doctor Juan Demóstenes Arosemena, Presidente de la República, finalizó su oración así: "Conciudadanos: Más que a llorar sobre una tumba, os invito a reflexionar en el silencioso recogimiento de vuestras conciencias en el elevado sentido moral de este gran duelo, que, al recoger en sus crespones a toda la familia panameña sin distingos de clases ni de banderías, viene a demostrar que está salvada la República porque todavía los pueblos conservan el sentido de las proporciones cuando se trata de medir la estatura espiritual de sus hombres".

GABINETES DE LA REPUBLICA

Por E. J. CASTILLERO Y JUAN ANTONIO SUSTO

XI

DR. BELISARIO PORRAS

Fué electo tercer Presidente Constitucional en 1912 y el 19 de Octubre tomó posesión. Terminó su periodo el 30 de septiembre de 1916.

Su primer Gabinete lo formaron:

Dr. Francisco Filós, Gobierno y Justicia; Don Ernesto T. Lefevre, Relaciones Exteriores; Dr. Eusebio A. Morales, Hacienda y Tesoro; Don Guillermo Andreve, Instrucción Pública, y Don Ramón F. Acevedo, Fomento.

Aunque nombrado el 19 de octubre de 1912, el Sr. Acevedo no se posesionó hasta el día 11.

Durante esta primera administración del Dr. Porras hubo entre sus inmediatos colaboradores los siguientes cambios:

Al separarse de su cargo el Dr. Morales para aceptar la Legación en Washington, a fines de abril de 1913, quedó encargado del Despacho el señor Dn. Julio Arjona Q., Subsecretario de Hacienda y Tesoro.

El 8 de mayo de 1913, el señor Dn. Aristides Arjona fue nombrado Secretario de Hacienda y Tesoro en propiedad. Tomó posesión el 26.

El 14 de febrero de 1914 el señor Dn. Rodolfo Chiari fue nombrado en reemplazo del Dr. Filós en la Secretaría de Gobierno y Justicia, pero en desacuerdo con el Presidente, quien mostraba simpatías por el candidato oficial, Dr. Ramón M. Valdés, en rivalidad con el mismo señor Chiari, renunció en los primeros días de julio y su Cartera fue adscrita al señor Andreve, Secretario de Instrucción Pública.

El 14 de julio fue nombrado Secretario de Gobierno y Justicia el señor Dn. Juan B. Sosa, quien tomó posesión el 15.

El 20 de octubre de 1914, por separación del señor Acevedo, quien fue nombrado por la Asamblea Nacional Gerente del Banco Nacional, se hizo cargo de la Secretaría de Fomento el Subsecretario, señor Dn. Ladislao Sosa, quien continuó en el desempeño de sus funciones hasta la ter-

minación del período presidencial, el 30 de septiembre de 1916.

El 7 de octubre de 1915, el señor Dn. Aurelio Guardia fue designado para reemplazar en la Secretaría de Hacienda y Tesoro al señor Dn. Aristides Arjona.

XII

DR. RAMON M. VALDES

Cuarto Presidente Constitucional. Se posesionó el 19 de Octubre de 1916. y gobernó sólo un año y ocho meses, pues murió el 3 de junio de 1918.

El Gabinete del Dr. Valdés, que por algún tiempo funcionó incompleto, estuvo integrado por los siguientes señores:

Dr. Eusebio A. Morales, Gobierno y Justicia; Dn. Narciso Garay, Relaciones Exteriores; Dn. Aurelio Guardia, Hacienda y Tesoro; Dn. Guillermo Andreve, Instrucción Pública, y Dn. Antonio Anguizola, Fomento.

Los señores, Dr. Eusebio A. Morales y Dn. Antonio Anguizola no se hicieron cargo de sus Carteras sino el 17 de enero de 1917 el primero y el 16 de marzo siguiente el segundo. Durante la ausencia del Dr. Morales estuvo al frente del despacho el Subsecretario, Dr. Héctor Valdés, y durante la del señor Anguizola, sus funciones fueron atendidas entre el 19 y el 11 de octubre, por el señor Dn. Ladislao Sosa, que desde la administración anterior venía en el cargo, y desde el 11 hasta que se posesionó el Sr. Anguizola, por el señor Dn. Ramón Vallarino, nombrado Subsecretario de Fomento.

El 16 de abril de este año (1917) las funciones de Secretario de Gobierno y Justicia fueron transitoriamente adscritas al Secretario de Relaciones Exteriores, señor Garay.

El 30 de enero de 1918 se separó de la Secretaría de Instrucción Pública el señor Andreve y su despacho fue adscrito también al Sr. Garay, Secretario de Relaciones Exteriores hasta el 11 de marzo del mismo año en que se posesionó el Dr. Alfonso Preciado nombrado desde el 9.

Proteja a la Lotería Nacional

y protéjase usted mismo

comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia

DISCURSO DE Don RODOLFO CHIARI

Señores delegados, damas y caballeros:

Con profunda y sentida emoción, con hondo y respetuoso recogimiento, descorro el velo que envuelve esta estatua, homenaje de América al varón extraordinario que todo lo subordinó al designio providencial de darnos libertad e independencia.

Alborada del siglo diez y nueve...

Napoleón Bonaparte, genio de la guerra, llena el mundo con el estruendo de sus batallas y el ruido de sus victorias, y la Francia, asombrada, enloquecida con los triunfos del coloso, se prepara para ceñirle una corona, cambiando en esa hora de perdonable ofuscamiento la túnica esplendente de la República por el manto oprobioso de los Césares. Al mismo tiempo que Bonaparte se proclama Emperador de los franceses, un hombre joven, casi adolescente todavía, viaja por Europa... Desconocido, ignorado, sin sospechar él mismo su soberbio destino, sin rumbo fijo, va de pueblo en pueblo atormentado, inquieto... No sabe lo que quiere, lo que busca... De dónde viene...? Nació en Venezuela... Su nombre...? Simón Bolívar...!!

Como en fragua caldeada por la acción de fuerzas misteriosas hierven y se funden en su cerebro ideas y proyectos que exaltan su espíritu, su enérgica voluntad, y en su ardiente imaginación va tomando forma el pensamiento gigantesco que se condensa después en el juramento del Monte Sacro de Roma: "Juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del pueblo español".

Qué se propone, qué va a hacer?... El mismo lo ignora! Regresa a Venezuela, toma parte en los planes y movimientos de los patriotas ansiosos de libertad; en breve vuelve al exterior en desempeño de importante misión diplomática que desgraciadamente no tuvo el éxito deseado, para regresar, poco después, e iniciar con adversa fortuna la epopeya libertadora. Desterrado por los dominadores de su patria, se dirige a Cartagena, donde se libran también las batallas de la libertad, y ofrece sus servicios. En rápida campaña logra desalojar considerable porción de sus adversarios, del territorio granadino, y llega, victorioso, a la frontera venezolana. Solicita y obtiene el consentimiento de los granadinos para auxiliar a Venezuela, y, de triunfo en triunfo, destruyendo cuando se opone a su campaña reivindicadora, entra en Caracas en medio de las aclamaciones delirantes del pueblo caraqueño, que le confirma el título de Libertador con que le había distinguido el Congreso de Nueva Granada.

Los celos, las rivalidades y errores de sus propios tenientes, cambian de aspecto la situación y, la que había sido hasta entonces marcha triunfal se convirtió bien pronto en interminable serie de dolorosos fracasos que obligan al Libertador a abandonar la campaña y salir de Venezuela para volver a Nueva Granada.

El Congreso Granadino le ofrece nuevos recursos, le confirma su confianza, pero otra vez se

interponen el egoísmo y la envidia con su cortejo de emulaciones y de intrigas. Decepcionado, prefiere su propio sacrificio, renuncia el mando, se dirige a Jamaica y después a Haití. Ni los reveses ni el ostracismo quebrantan su salud y su fe; por tercera vez se dirige a Venezuela, para expatriarse a poco, calumniado y desconocido por la ambición de los mismos que le habían acompañado. A Puerto Príncipe acuden después, en vano los patriotas, a pedirle el olvido de errores y agravios y el sacrificio del regreso, a reasumir las responsabilidades de la suprema dirección de la guerra. Comienzan entonces en la Guayana aquella campaña inmortal, sin paralelo en la Historia...

Todo hay que hacerlo, que crearlo; leyes, instituciones, recursos, ejércitos, disciplina... La lucha contra el común adversario impone graves preocupaciones, medidas extraordinarias, pero mayores son, tal vez y con seguridad más dolorosas, las que plantean a cada instante en ambición, la perfidia y la indisciplina de algunos jefes patriotas, creándole al Libertador situaciones que sólo su talento, su grandeza de alma, el temple de su carácter y su fe incommovible en el triunfo pudieron dominar.

Se reúne el Congreso de Angostura y ratifica al Libertador amplios poderes. Con actividad incansable, con la previsión y talentos del genio, prepara planes y obtiene y organiza los elementos que debían intervenir en esa prodigiosa campaña en que se juzgaba la suerte de la Patria.

Venciendo obstáculos insuperables, compartiendo con sus tropas necesidades y peligros, las inclemencias del clima y de la intemperie, cruza las cimas heladas de los Andes y, después de rápido y tremendo batallar, la espada del Héroe traza con letras indelebles el nombre glorioso de Boyacá. Los opresores han recibido golpe rudo y Bolívar, que todo lo prevee, dicta las medidas necesarias para recoger los resultados morales y los frutos materiales de la inmortal victoria. Regresa a Venezuela; la unión de ésta con la Nueva Granada, idea acariciada de tiempo atrás por el Libertador, despierta patriótico entusiasmo en el Congreso de Angostura, que crea al fin la Gran Colombia. Bolívar es aclamado Presidente y se le inviste de poderes omnimodos.

En casi todo el extenso territorio de la nueva república se combate sin tregua ni descanso; las llamaradas de la guerra llevan a todas partes su séquito de sangre y de lágrimas.

En Carabobo sellan las armas libertadoras la independencia de Venezuela, en Bomboná la del Sur de Nueva Granada. Extiende el Genio sus inmensas y potentes alas, vuela a Quito, al Perú...

Y el libro de oro de la epopeya americana se enriquece con nuevos y portentosos triunfos y hazañas que serán asombro de la Humanidad... Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho tachonan el cielo de la América, y cual brillantes luminarias anuncian al mundo la emancipación del Continente...!

Importa consolidar sobre bases indestructibles

los derechos conquistados a costa de ríos de sangre, de incontables sacrificios y de sobrehumanos esfuerzos. Ya lo había previsto, años atrás, aquel hombre maravilloso, designando el Istmo de Panamá para el punto de reunión de los plenipotenciarios a la magna Asamblea que debía estudiar y proveer los medios de asegurar la independencia y la paz entre las nuevas nacionalidades.

Convirtiéndose en quimera el noble propósito de Bolívar — lo he dicho ya en otra ocasión — en cuanto a los resultados inmediatos del Congreso, entonces, pero, al través del enorme paréntesis de cien años, el sublime pensamiento palpita todavía, vive y se agita el generoso ideal, no hay en América sentimiento del hombre o conciencia de pueblo que no vibren al justo clamor de aquel llamamiento profético. Lo proclama así esta brillante apoteosis; lo confirma, igualmente, la creación de este monumento magnífico, acordada por unanimidad en la Quinta Conferencia Interamericana, reunida en Santiago de Chile, en Mayo de 1923, idea que nuestro país acogió y secundó con calor y con júbilo, y lo corroboráis vosotros mismo, dignísimos representantes de estos pueblos de América, que os congregáis aquí, con nosotros, para glorificar y perpetuar la memoria del insigne e inmortal venezolano en este bronce, que Panamá, abnegada tie-

rra nuestra, cuyos destinos él presintió, recibe palpitante de alborozo, como símbolo de fraternidad y de unión...!

Ni fanatismos personales ni vanidades humanas determinan esta apoteosis; ella no es sino el homenaje de gratitud y admiración que colectivamente tributan las naciones hispano americanas confundidas en un abrazo que a todas las une, movidas por sentimientos que eleva y dignifica la acción purificadora del tiempo en el largo transcurso de un siglo.

Señores Delegados: El monumento que nos dejáis constituirá para los panameños precioso legado de honor y de gloria, que guardaremos con gratitud y con orgullo. Decidlo así cuando regreséis a vuestros hogares. Decid también que aquí, bajo nuestro cielo tropical, arrullada por el cadencioso y constante murmullo del inmenso mar de Balboa, aroma eternamente, nuestro ambiente, fresca y lozana, la dulce y bella flor de la confraternidad; que nuestros brazos están siempre abiertos para todos los hombres y para todos los pueblos, y que nuestros más caros anhelos, nuestros más fervientes votos serán invariablemente por la concordia y la unión, para que apretándonos como un sólo haz, podamos realizar nuestros gloriosos destinos.

UN BANQUETE EN PANAMA EN 1842

Por MATILDE de OBARRIO

Cuando el General colombiano Tomás C. de Mosquera, quien era primo de la Emperatriz Eugenia, llegó a Panamá después de sus victorias en el Perú, sus compatriotas, justamente orgulloso de él, lo festejaron en toda forma posible. Un discurso de bienvenida fue escrito por el Gobernador de Panamá (1) y Michinga, la pequeña belleza de diez años, acompañada por un grupo de otras chiquillas, fue escogida para darle la bienvenida. Vestida de blanco linón adornado con encajes de Malinas, en el cual había trabajado Benancia durante varios meses; medias de seda blanca y zapatillas de raso, con su cabello peinado alto, con un montón de rizos y ahuecado, sujeto con adorno de oro y perlas, la damisela con su séquito de amiguitas fue llevada a los dos de la tarde al salón de recepciones de la Gobernación, que es el mismo Salón Amarillo del palacio Presidencial de hoy día. Allí se había reunido “todo Panamá” y el Gral. Mosquera, después de oír el

discurso de la pequeña Minchinga, se arrojó ante ella para permitirle que colocara en su frente una corona de flores hecha de plumas blancas, besó su manecita y se irguió para expresar las gracias por la buena acogida con que Panamá lo había recibido. De seguida hubo una recepción, y a las cuatro de la tarde se anunció la comida.

Hemos oído el discurso de Michinga, que ella recordaba palabra por palabra, aunque setenta y cinco años habían transcurrido desde cuando lo dijo al General Mosquera: “Señor General: La sien de un valiente cual vos lo sois, debe ser orlada con la corona del triunfo por la mano de la inocencia. Aceptad, esta guirnalda que os consagro a nombre del pueblo panameño, acogiendo benigno mis votos reducidos a desearos prosperidad en vuestras empresas, en defensa de la santa y hermana causa que habéis tan lucidamente sostenido, con esa espada que después de haber brillado en el día de Tescua contra los enemigos del orden, será, no lo dudo, la oliva de la paz para mis paisanos”.

(1) Ocupaba el cargo don Miguel Chiari.

Un banquete en esos días era un asunto laborioso, siempre confiado a un Maestro de Ceremonias. El General Mosquera llevó a Michinga a la mesa, llamándola "mi Paquita" y ella se sentó a su derecha. Sopas de varias clases, pescados y principios fueron servidos, y esto constituyó el "primer servicio", y cuando se terminó, los invitados se levantaron de la mesa y se entretuvieron conversando hasta tanto la mesa estuvo lista para el "segundo servicio". Asados, tamales, ensaladas y vegetales fueron traídos entonces en profusión, y cuando fueron comidos, la mesa fue de nuevo abandonada, para ser otra vez arreglada. Al "tercer servicio" hasta el mantel y las flores se cambiaron, y se encendieron las velas. Era la hora del postre, y el café y los licores fueron servidos. Cuando se acabó el banquete y comenzó el baile, el reloj daba diez campanadas.

Una cuadrilla inició el baile, y fue seguida por contradanzas, rigodones y otras ceremoniosas danzas de aquella época.

El Maestro de Ceremonias en esta ocasión lo fue el señor Jované, (2) rico caballero de Panamá, considerado como una autoridad en cuestiones de etiqueta. De su propiedad era el magnífico servicio de antigua plata española que se usó en el banquete. La cristalería para vinos y la porcelana de Worcester, había venido de Inglaterra.

En aquellos días no existía el alumbrado en las calles y así, después de un baile, un sirviente iba siempre delante de su Señor, llevando una vela dentro de un guarda-brisas. Estos guarda-brisas se llamaban fanales, y otros de forma distinta que todavía se usan, eran los faroles.

Los postres panameños, de los cuales hay una gran variedad, son deliciosos al pala-

dar y muy laboriosos de hacer. La *jalea de guayaba*, conserva y pasta, son muy conocidas de los extranjeros, pero hay otros igualmente deliciosos que se conocen menos. El *huevo chimbo* es un pudín sólido hecho con yemas de huevos de las que se necesitan ochenta para hacer un plato adecuado para 18 personas. Después que se ha cocido se empapa en un jarabe preparado especialmente. El *queso de piña* es una exquisita natilla en la que el jugo de piña ocupa el lugar de la leche. *Manjar blanco* es hecho de leche, azúcar y especias, hervidas juntas hasta adquirir la consistencia del queso. *Arroz con cacao* es arroz cocido en leche de coco y chocolate, servido con leche de coco y queso del país, rayado. *Mazamorra de maíz nuevo* es un manjar blanco de maíz nuevo pasado a través de un tamiz y cocido en leche de coco hasta que se pone duro. Es un postre muy delicado y delicioso. *Cocada nevada* es una espesa y aterciopelada crema de leche de vaca y leche de coco. El inevitable pudín de boda, que toma el lugar de la nortea torta o pan de boda, se hace de bizcochuelo empapado en vino de Jerez, jarabe y especias, y es llamado *sopa borracha*. La *sopa de gloria* acompaña a la anterior, y difiere en que se usa leche en lugar de vino.

La lista de las conservas o mermeladas, forma legión y las tortas o pasteles pequeñas son innumerables. Biscotelas, suspiros, cajetitas de coco, papillas, huevo mejío, cabellitos de angel, bolloría, Pío Vº, cabanga, etc. Entre los dulces debo mencionar también a los bollos. El *bollo chango* (los mejores se hacen en Taboga), es hecho simplemente de maíz nuevo. El *bollo de coco*, de maíz y coco; el *bollo chiricano*, de maíz y queso; el *bollo blanco*, de maíz seco y el *bollo de ají*, que es el mismo, coloreado con una salsa de ajíes picantes. Todos éstos son confecciones en forma de plátanos, más o menos, y envueltos en hojas de maíz o de palma.

(2) Don José María Jované, bisabuelo del doctor Ricardo J. Alfaro.

Proteja a la Lotería Nacional

y protéjase usted mismo

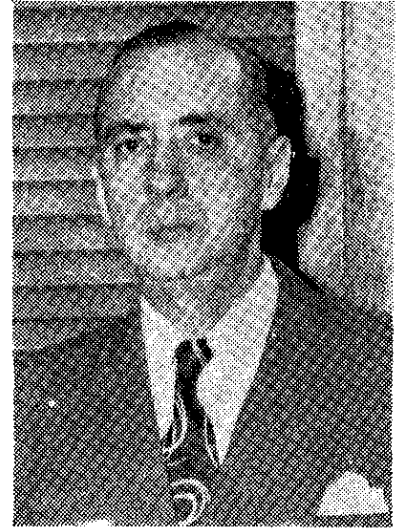
comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia.

JOSE ISAAC FABREGA

Por ERNESTO de la GUARDIA Jr.

Cuando nosotros pensamos en José Isaac Fábrega como valor humano y queremos irnos al fundamento y a la médula de ese valor, no podemos menos que mirar al gallardo mozo como lo hemos visto muchas veces en la vida, luchando valientemente por sus ideas y por sus principios y realizando el milagro de inspirar en sus contendores, a pesar del ardor en la acometida y de la franca agresividad, no el odio sino el respeto. Con el mismo pueblo ha llegado a encararse, en innata repulsa contra las actitudes demagógicas, sin que nadie pudiera advertir en el gesto beligerante el rencor ni la inquina, sino la postura de un hombre que no anda con tapujos y que dice con claridad meridiana lo que siente y lo que piensa. Como fiscal hubo de levantar en más de una ocasión su voz conminatoria, por puso ánimo justiciero, contra seres que despertaban en él la más viva simpatía personal y a quienes respaldaban familiares y amigos de su estimación. Se iniciaba a la sazón José Isaac Fábrega en la carrera de abogado; pero ya se había trazado como norma de la existencia aquello que le enseñara don Santiago de la Guardia de que hay "que lanzarse por el camino del medio." Y si por su severidad consigo mismo se le nublaban momentáneamente las cosas, como habían hecho más que seguir los dictados de la conciencia, sin poner en ello ningún espíritu mezquino, he aquí que su actuación habría de merecer más adelante la aprobación unánime de sus conciudadanos.

Se iniciaba así el hombre de una sola pieza, el hombre sano y limpio, que jamás se encontraría confundido ante una encrucijada, porque una voz íntima y señera se levantaría perennemente en él para indicarle el camino de debía tomar. Es la voz que lo llevó a renunciar a una Secretaría de Estado, en gesto casi inaudito entre nosotros, cuando viendo conculcados los derechos del pueblo, pensó que no podía continuar disfrutando de los halagos del poder sin que le remordieran sus sentimientos interiores. Y es la voz que le ha dictado todas sus actitudes, tanto las fáciles, que no comprometen, como aque-



Licenciado José Isaac Fábrega, nuevo Ministro de Educación.

llas para las cuales se necesita tener carácter, porque están expuestas al viento huracanado de la pasión.

Desde entonces José Isaac Fábrega ha marchado rectamente por la vida, con un ánimo exento de mala voluntad, alegre en la esperanza de que los cánones de la decencia no podrán ser nunca descartados, sino que antes por el contrario, mientras más daño ocasionen la trampa y la falsía, la deslealtad y el engaño, el abuso y la intriga, más tendremos que ajustar a aquellos la conducta, para el logro de una fraternal convivencia humana.

Es un demócrata de verdad porque tiene confianza en sí mismo y sabe que no ha menester de privilegios ni de prerrogativas para salir airoso en la existencia. Y es un espíritu liberal porque repudia la opresión, ama la libertad y no cree en más jerarquías que las del talento y del mérito. Posee, por otra parte, un singular valor moral y una entereza de carácter tales, que con la misma decisión se enfrenta al Partido Conservador hasta obligarlo a que lo expulsen o se alista en las huestes del Frente Popular para luchar una batalla perdida en defensa de la democracia y el derecho.

En José Isaac Fábrega no hay ni pueden haber dobleces ni mentiras. Y si su corazón alberga las mieles de los más generosos sentimientos, su espíritu contará

siempre con los resortes necesarios para saltar a la brecha cuando se cometa una injusticia o se abandonen ciertas normas de conducta.

Nada hemos querido decir de su talento y de su enjundia, de su elocuencia arrolladora, ni de sus extraordinarias dotes de escritor. Nada tampoco de su vasta labor periodística, de su actuación en los estrados y en el foro, de su obra como legislador, ni de su nutrida intervención en la vida pública del país.

Al lado de su valor moral y de su entereza de carácter, todos esos atributos, con ser brillantes en grado sumo, vienen a resultar meros adornos de una recia per-

sonalidad. Que estas líneas, pergeñadas a la carrera, en honor a un hombre que se merece nuestro homenaje, sirvan para hacer resaltar esa personalidad.

José Isaac Fábrega es un lujo y una garantía en cualquier gabinete. Y en momentos como los actuales, difícilmente hubiera podido conseguirse a nadie mejor equipado para desempeñar la cartera de Educación que él. Los estudiantes, que pronto podrán escuchar su voz sonora, una voz que nada esconde porque no tiene nada que esconder y que si modula una promesa la cumple y si no está de acuerdo con algo lo dice si embagues ni reticencias, nos sacarán ciertos, con su juicio, en tan rotunda afirmación.



DE LA CIUDAD QUE SE PERDIO.....

EL GLOBO DUMONT

Por SANTIAGO D. McKAY (FRAY RODRIGO)

Después de la casa de doña Chepita Cajar, en la vieja y querida Plaza de Santa Ana, hubo un enorme caserón de madera, lleno de claraboyas, tembloroso, dividido en cuartuchos, con su zaguán en toda la mitad, con su patio y su pozo a quien la muchacha de entonces puso, debido sin duda a su obesidad, el nombre de Globo Dumont. Esa casa la ocupan ahora unos griegos que venden frutas y helados y un restaurante que ha tenido la suerte de no quebrar como todos los establecimientos que le antecedieron. Arriba, en ambos pisos, viven familias que deben sentir, en altas horas de la noche, las carcajadas de los que por ese sitio fueron derrochando su juventud y su alegría. El Globo Dumont no fue una casa para pasarse las horas leyendo libros de cuentos ni mucho menos para gozar, muellemente abandonando sobre una hamaca de hilo, de las suaves brisas de la noche. El Globo Dumont fue como un cascabel llamado a la alegría loca o al entusiasmo atolondrado que no se atreve a llegar a la locura ni al desenfreno; en la obscuridad casi tenebrosa de su zaguán de una sola puerta y cuya patio no quiso sufrir la aristocracia de los ladrillos rojos,

más de un amor volandeo abrió la seda frágil de sus alas y más de un puñal abrió también la carne para sentir el rojo delcete de la sangre; en su patio, casi todas las noches, los fogones encendidos ayudaron a realzar el prestigio de los sancochos panameños mientras en un cuarto cualquiera, a la luz, casi forzada, de una lámpara de kerosene, la muchacha reía de la vida, jugaba al amor con unas lindas muñequitas de carne fragante y rosada y se ponía frente a una botella de ginebra holandesa, a rezar las oraciones sagradas que solo saben decir los hombres

Los que pasaban frente al caserón y le veían esa cara grosera que tenía y esas ventanas cerradas y los cuartos de la calle a oscuras, sufrían quien sabe qué temores y qué sustos... Pero los que sabían de los aquelarres que se celebraban en aquellos cuartos; los que sabían que detrás de aquella careta del Globo Dumont, sencillamente desagradable, había una española muy dada a beberse la vida de un sólo trago y unas criollas dignas de la mentira de un beso y de la ternura de un halago; los que sabían que en ese patio, siempre a media luz, el café tinto bailaba en las cafeteras

y el chocolate con su cara grasosa convidaba desde las ollas repletas y los que sabían en fin, que en cualquier instante asomarían los cuatro músicos bohemios, se burlaban de la apariencia del Globo Dumont y llegaban a él como quien llega a una casa donde siempre se nos recibe con los brazos abiertos

El Globo Dumont ha pasado a la historia bañado en el agua amarilla de la hipocresía. Tembloroso y enfermo de una melancolía exterior que daba compasión, escudo tantos amores, ocultó tantas reyertas, apadrinó tantas locuras juveniles que cuando la vida y la fortuna se cansaron de serle pródigas, se puso a llorar como un niño consentido y no pudiendo resistir el aban-

dono de todas aquellas a quienes sirvió dobló la cabeza, se enjugó las lágrimas y cayó vencido

Como su fama no vino de un prestigio firme, pronto cayó en el olvido. Hoy, lo reemplaza otra casa enorme que no tiene ninguna historia ni podrá tenerla. Las casas de ahora no son como aquellas que pasaron: son más severas, menos amables y mucho más necias y creídas

Quién nos iba a decir que en los bajos del edificio que en un tiempo fue el Globo Dumont, tendríamos hoy unos griegos vendiendo helados y a unos italianos vendiendo esas comidas de ahora, aristocráticas y simples?

JERONIMO OSSA

Por NARCISO GARAY

La amistad y el afecto sinceros que no cesé un instante de profesar al que en vida se llamó sencillamente Jerónimo Ossa, me confirma una vez más en la absoluta vanidad de las convenciones sociales, en las hipocresías y dobleces ocultas de ordinario bajo el ceremonial de la etiqueta mundana: Jerónimo y yo nunca nos visitamos. Nuestras relaciones existían por obra de una simpatía espontánea y recíproca a que imprimía sello característico la más completa ausencia de todo formalismo o imposición social, la más completa ausencia de todo interés personal y egoísta, merced a la cual pudieron nuestros sentimientos desarrollarse en toda su pureza y manifestarse en plena libertad.

Estimulaba, sí la intensidad de esta afección el recuerdo venerado de un miembro de mi familia muerto más de veinte años ha en la flor de la edad, como los varones griegos amados de los dioses, y a quien Jerónimo quiso con el más puro afecto del amigo y yo con una ternura verdaderamente filial. La imagen de su lecho de muerte era para ambos fuente de sentidas evocaciones en que nuestra simpatía personal se retemplaba y nuestra vieja amistad se complacía forjándose una especie de vínculo moral indestructible. Así vivió siempre y se mantuvo sin desmayos



Don JERONIMO OSSA,
autor de la letra de nuestro
Himno Nacional.

nuestra amistad privilegiada: sin cultivo, entregada a sí misma, al azar de los encuentros fortuitos en la calle, en el club y en el café, sin que jamás nos viniera en mientes entibiarla ni deformarla someténdola a las reglas y torturas de enojosas etiquetas. Viéndonos raras veces, hablándonos menos aun, nuestros dos corazones estaban sinembargo más próximos entre sí que los de aquellos a quienes la tiranía social acerca diariamente y obliga a constantes saludos de fingida cordialidad, for-

zados apretones de manos y otros necios arrumacos.

En este soberano desdén por las vanas fórmulas que falsean el legítimo concepto de la vida y la hacen fastidiosa a más no poder supeditando a cada paso los impulsos del sentimiento y las sugerencias de la razón, en esta aspiración superior a la libertad social e intelectual, revelaba Jerónimo a las claras el vigor y la independencia de su espíritu.

Su obra literaria me es enteramente desconocida; pero si profesamos con Buffon que "el estilo es el hombre", no hay razón alguna para rechazar la proposición inversa: el hombre es el estilo, e inferir de las cualidades puramente humanas las características intelectuales y artísticas del individuo.

Jerónimo anduvo siempre con el corazón en la mano: un corazón llano y abierto, exento de repliegues y vericuetos, tan pronto a vibrar compasivamente a la vista de las ajenas miserias como a inflamarse de entusiasmo al contacto de alguna idea grande o de algún noble sentimiento. Cruzar con él dos palabras era conocerle a fondo, pues pertenecía a esa rara especie humana que se entrega por completo desde el primer momento y cuyos hábitos mentales ignoran la restricción, la reserva, los causimos. Temperamento apasionado, impresionable al extremo, su alma reflejaba a la manera de una placa sensible la imagen de los sufrimientos y goces populares, absorbiéndolos, asimilándolos a su propia substancia y devolviéndolos luego considerablemente ampliados e intensificados. Encarnó el tipo perfecto del poeta, nato, según el modelo del Gringoire, de Bauville, y fue viviente demostración de la verdad contenida en aquel hermoso y célebre pensamiento: "las grandes ideas proceden del corazón".

Dotado de raros dones cerebrales, Jerónimo los realzaba por su modestia de buena ley, por esa sincera ausencia de orgullo y fatuidad intelectual que le llevaba a empequeñecerse a los ojos de sus semejantes y a hacer de su propia personalidad el blanco de su fecunda sátira. Su cerebro producía por llenar una necesidad orgánica, como dá peras el peral, sin curarse del

efecto producido sobre la "galería". A varios amigos reunidos en el Central nos refería una vez, con tanta gracia como seriedad, que su primera improvisación de orador no había tenido menos de quince días de preparación, guasa inequívoca para quienes conocíamos su rapidez de concepción, su facilidad de elocución y su vivacidad de imaginación.

Por sus entronques con los prohombres del movimiento separatista de 1903, por sus cualidades personales y por el carácter en cierto modo popular de su estro poético, fué el cantor obligado del sentimiento patriótico en el día de nuestra segunda emancipación política, el Tirteo de nuestra incipiente nacionalidad.

Desde que las circunstancias lo elevaron a la condición de "cuñado del Gobierno", según su jovial expresión, Jerónimo, lejos de resignarse a medrar como vulgar hongo palaciego, salió a romper lanzas denodadamente en defensa de su causa, afrontando siempre el peligro, recibiendo tajos y repartiendo mandobles, luchando por los suyos con la animosidad, la bravura y la lealtad de un hidalgo Castellano. En la prensa y en la calle, en banquetes y corrillos, con la pluma, la palabra y la acción, batíase resueltamente en toda forma y en todo terreno; más pronto al olvido, fácil a la reconciliación, ageno al rencor, no supo conservar enemigos y murió sin ellos.

Naturaleza tan rica como la suya sucumben comunmente a los efectos de su propia prodigalidad. Fáltales cierto cálculo, cierta malicia necesaria, cierto contrapeso egoísta con que equilibrar los excesos de su generosidad y altruísmo. Indiferente a las necesidades del mañana, Jerónimo derrochaba con igual despreocupación haberes, inteligencia, espíritu y salud. Si en lo intelectual enderezaba contra su propio talento las finas saetas de su ironía, otro tanto le sucedía en lo físico: si alguna vez abrigó su alma instintos perversos, Jerónimo los desvió siempre de ajenos objetivos para volverlos contra su propio yo, y todo el daño que un mortal es susceptible de hacer en esta vida, Jerónimo se lo causó íntegramente a sí mismo sin dejar nada para los demás.

EN LA JUNTA

Por SEBASTIAN VILLALAZ

Era el amanecer.

Dos hombres sentados el uno frente del otro, en sendos trozos de madera de algún árbol acaso en otros tiempos orgullo del bosque, afilaban sus machetes, arma sólo manejable por los moradores de aquellas regiones, de tres libras y media de peso, y bien templados por el maestro Pipe, el decano entre la gente de las fraguas de La Villa.

De cuando en cuando, las cabezas de aquellos hombres se alzaban simultáneamente y se cruzaban una mirada silenciosa... y tanteando con los dedos el filo del pesado machete, seguían afilándolos hasta que estuviesen de barba.

Eran el afamado Tin y el corpulento Goyo, los más diestros en el manejo de aquella arma singular.

La gente llegaba por centenares. Hombres, mujeres, muchachos y niñas, todos acudían sin que se quedase uno solo de los habitantes del contorno sin concurrir a la junta de ño Agapito.

Cuatro hermosos novillos habían sido ya sacrificados y un escuadrón de ollas llenas de agua hirviendo, chisporroteando como rabiosa por consumir sus fuerzas en blanco, esperaban con ansia los ingredientes del sancocho.

Las muchachas más jóvenes, con fuertes y apropiados maderos, que asían por la mitad, la una cara a cara con la otra, y con acompasados golpes, uniformes, con un vaivén rítmico y sensual, trituraban el maíz en el pilón.

El sol se presentó en la cumbre de la montaña, y los peones lo saludaron con un buen trago de seco purísimo, sacado en el alambique del blanco Marcelino, y que les ofrecía el mismo ño Agapito en limpiísima totumita.

"Y dan principio a socolar el monte.

"Los peones formados en columna;

"A seis varas distantes uno de otro.

"Marchan de frente con presteza suma".

Tin y Goyo eran rivales en el trabajo de socuela, y juntos escogieron aquel día la parte más espesa de la roza, y después de enviar una sonrisa irónica y de soslayo a Goyo, Tin hizo vibrar la selva salomando alegremente; levantó su nervudo brazo y

el machete dejó un semicírculo espacioso, limpio de arbustos, piñuelas y malezas. Y los trajos se fueron sucediendo uno al otro con rapidez vertiginosa, y Tin avanzaba, salomando entusiasmado y deleitándose con ver desplomarse vigorosos árboles a un solo golpe de su pesado machete.

Goyo, de pie en su sitio, contemplábalo con calma; dejándolo avanzar hasta unos diez o doce metros y emprendió entonces su tarea, humilde y silencioso, pero con el empuje de gigante.

Las mujeres se aglomeraban a ver el trabajo de aquellos leones. Parecían Hércules flagelando la tierra con ira implacable; y el bosque crugía anonadado ante tanto poder y coraje tanto.

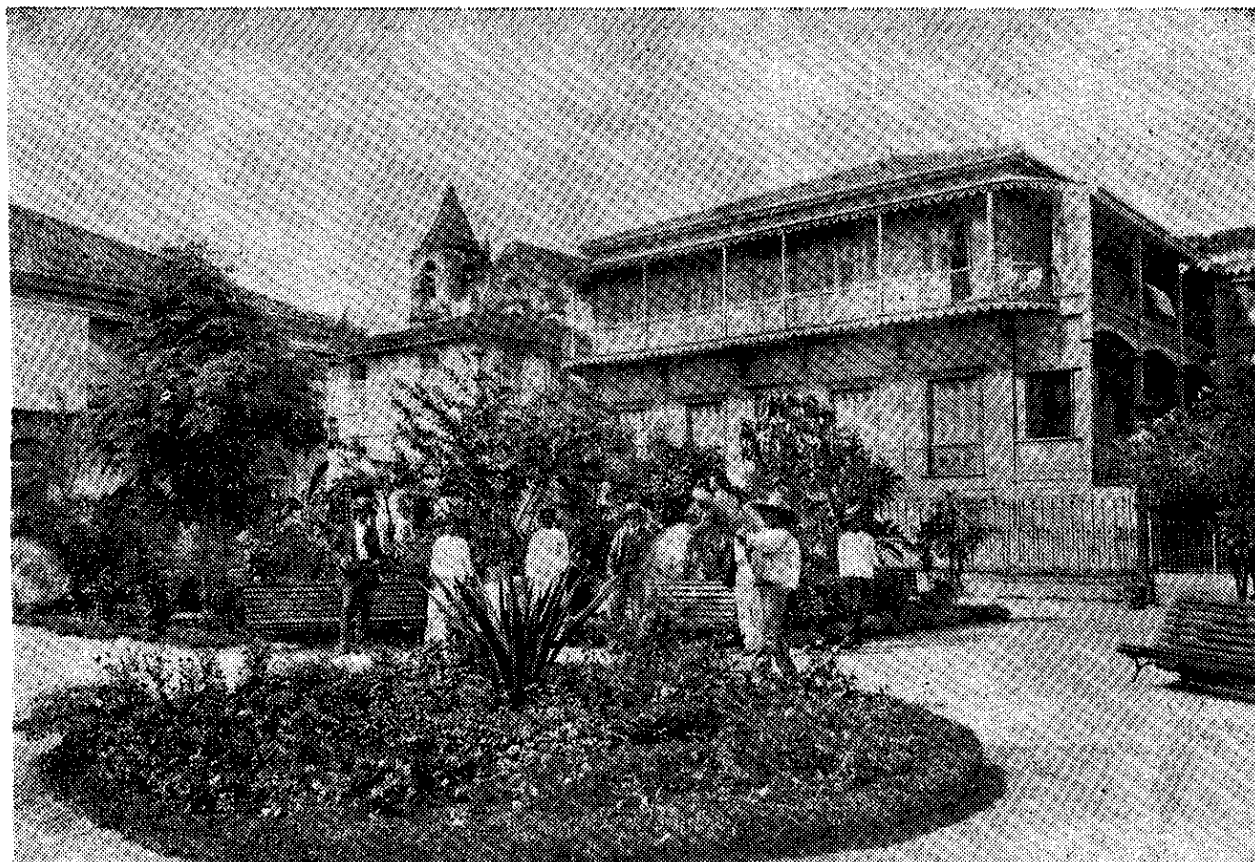
De pronto, Goyo se detiene. Un cedro se interpone en su línea de avance como amenazando humillarlo con su robustez y resistencia al parecer invencible. No hay remedio: seguir adelante dejando con vida el hermoso cedro, era una vergüenza; derribarlo de dos o tres tajos, no era meritorio, y acaso Tin vendría a exhibirlo en presencia de tamaña concurrencia, ante Rosita, la más galana y buena moza de la comarca. Había, pues, que vencer. Miró el árbol de arriba a abajo, espiró con fuerza dando el mayor ensanche a sus pulmones, alzó el brazo y el pesado machete cayó, partiendo el cedro: el árbol se estremeció ligeramente, clavó en tierra la parte inferior de su tallo dividido como intentando sembrarse de nuevo, se inclinó hacia la izquierda y se desplomó con estrépito, haciendo retemblar el bosque. Una exclamación de asombro brotó de todas las bocas y una sonrisa de la bella Rosita fue la recompensa de tan grande hazaña.

Y los peones siguieron socolando.

El monte parecía víctima de un acceso de epilepsia; experimentada fuertes y constante sacudimientos, agonizaba, se moría, y los rugidos que lanzaba se confundían con el alegre salomar de cerca de ochocientos hombres empeñados en la brega: ¡jaa jai ¡jai! ja ja jai! joo

A las cinco de la tarde, Goyo se encaminaba con paso lento y silencioso a la enramada con su machete al brazo, mientras

(Pasa a la Página 18)



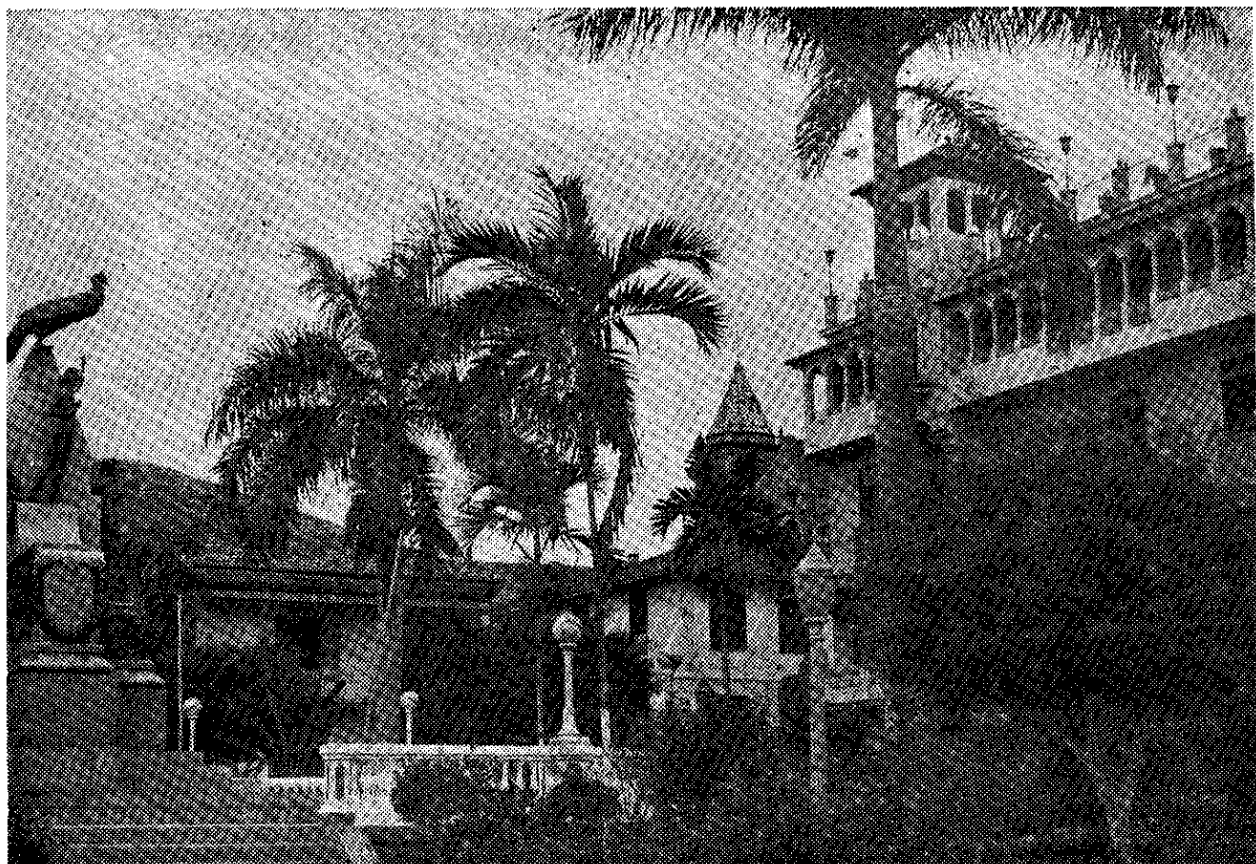
Ayer

De seguro recordaréis, caro lector, aquellas estrofas del poeta Miró:

Campanas de San Felipe, que sonáis en la distancia
entre nubes de recuerdos y celajes de candor:
en vuestra voz resucita la alborada de mi infancia,
cuando mi alma se entreabría como se abre una flor.

.....

Campanas de San Felipe: suena vuestro eco lejano
y no me habla ya, como antes, de inocencia y de candor.....
En dónde está Sor Eugenia que me dejó de la mano?.....
Campanas de San Felipe, decídmelo, por favor:.....



Hoy

Ahora en esta gráfica veréis cómo palpita el recuerdo de un ayer no muy lejano. Sobre el fondo se yergue la torre, desafiante y atrevida, que guarda con unción beatífica las campanas que en buena hora cantara nuestro bardo nacional. En ese ayer está la lujosa residencia de la familia Ehrman, hoy convertido en el Hotel Colombia. En lugar de esa floración tan tropical y tan bella surge la estatua del Libertador de América con su clásico “gallinazo” como penacho desafiando a los vientos y nos vienen a la memoria los versos de los hermanos Quintero:

A quién tu tesoro diste, virginal.....
Quién te arrancó de la rama
Que no estás en tu rosal.....



EN LA JUNTA

(Viene de la página 15)

que Tin, el famoso Tin, tenía aún por delante de sí doce o quince varas de monte por derribar. Goyo había triunfado, había echado por tierra ese día la reputación de Tin como el más aventajado en la socuela, y la gente toda comentaba el hecho, unos con satisfacción, otros con desdén y con pesar los menos.

A las seis se sentaron los peones a la mesa, una mesa larga muy larga y sin pies; mesa que era el suelo mismo, y a la cual servían de mantel las verdes y frescas hojas de los plátanos y a cuyo rededor se veían fragmentos de árboles secos que hacían de asientos. Las mujeres servían aquella mesa salpicada de plátanos asados y tortillas calientes, zarandeándose, alegres y risueñas, con sus polleras recogidas y sus arandelas flotantes que la brisa agasajaba.

Luego, los placeres y expansiones.

Los socabones dejaron oír sus notas dulcísimas, a cuyo compás los hombres cantaban improvisando décimas y cuartetos; efluvios de un alma poética, sonidos purísimos de cuerdas sensibilísimas y nobles, apenas faltas de un temple métrico.

Tin y Goyo, el uno respondiendo al otro, cantaban versos improvisados con tema impuesto, y en una de las veces en que el primero comenzaba una quintilla, sintió una mano que apagaba su voz, posándose con suavidad en sus labios. Era Rosita que en una explosión de entusiasmo, sonriendo apasionadamente por vez primera, o iluminándolo todo con mirada radiante, entonaba esta copla dedicada a Goyo y al son de la guitarra:

Es usted hombre tán fiero
Con el machete en la mano,
Que hasta un corazón ajeno
Se le rinde enamorado.

y quitándose de la cabeza angelical su sombrero blanco, se lo puso a Goyo, en

medio de expresiones de triunfo de la muchedumbre.

Aquello ya era demasiado: Tin largó un rugido sordo, miró con odio a Rosa, y con voz ahogada por una rabia próxima a estallar, dijo: hombre, Goyo, sabe que yo quiero reñil con usted.

Bueno, Tin—contestó Goyo desenvainando una hermosa y resplandeciente Collins que portaba al cinto, y envolviéndose el brazo izquierdo en su enorme algodón de bayeta azul.

Los espectadores abrieron campo, y aquellos dos hombres, después de saludarse estrechándose las manos, a usanza de los caballeros del tiempo del valor y la nobleza, cruzaron sus armas y dieron comienzo a un combate feroz.

A cada golpe, las armas chocaban despidiendo chispas de luz y partículas que salpicaban la sombra cual si fuesen misteriosas luciérnagas, mientras que el silencio lo hería el canto de una copla bélica que entonaban los combatientes como para robustecerse en aquel valor temerario.

El encuentro se prolongaba sin que los contendores diesen señales de cansancio o saciedad, hasta que al fin, a un descuido de Goyo, la daga de Tin cayó sobre el hombro izquierdo del adversario, hundiéndolo por la clavícula y dando con él en tierra

Rosita, que había venido presenciado impasible aquel duelo terrible, acudió en seguida, derramó agua en la herida, lavó ligeramente aquel rostro salpicado de sangre hirviente y le llamó con ternura. El moribundo alzó sus ya pesados párpados, la miró tristemente, y dejó escapar la última ráfaga de vida.

Y el muerto iba enfriándose, mientras el socabón seguía produciendo sonidos armoniosos, a cuyo són se cantaba, y se bailaba, a la vez que grupos de peones, el brazo echado al hombro mutuamente, formaban rueda, llenando el espacio con su alegre salomar: ouuu... a! ouu... ¡ja ja fau! cuyo eco iba a repercutir en los cadáveres de la selva.

Proteja a la Lotería Nacional

y protéjase usted mismo

comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia

TRAGICO FIN DE TRES PANAMEÑOS

Por JUAN ANTONIO SUSTO

ALMAGRO EL MOZO (Adelantado)

Nace en Panamá en 1520 del cruce del Adelantado español Diego de Almagro y de la india panameña Ana Martínez. Su padrino es el conquistador Sebastián de Belalcázar. A los nueve años, su Majestad el Rey lo legitima por la Real Cédula de 4 de Julio de 1529.

Vive en su ciudad natal hasta los 15 años. Pasa al Perú al lado de su padre y con éste va a la jornada de Chile. En la batalla de Salinas es vencido Almagro el Viejo y el 8 de Julio de 1538 es decapitado en el Cuzco.

Huérfano a los 18 años, Almagro el Mozo, llamado Diego, es recogido por Francisco Pizarro, pero se separa de éste y se constituye pupilo de Juan de Rada, alma de la conjuración que pone fin a la vida del Marqués, el 26 de Julio de 1541.

No se le consulta al mozo Almagro y cuando se comete el asesinato acepta los hechos cumplidos. Lima lo declara su Capitán General y luego lo mira con recelo. Se establece en el Cuzco.

Vaca de Castro va contra Almagro el Mozo y lo vence en la batalla de Chupas, el 16 de Septiembre de 1542, que pone fin a la guerra civil.

Preso, se le forma proceso y sale condenado. Apela a la Audiencia de Panamá y se le niega la apelación. Se confiesa y marcha al patíbulo. Tendido en una alfombra le corta la cabeza el mismo verdugo de su progenitor.

Su cadáver pasa al Convento de la Merced, se le deposita en el mismo sepulcro de su padre. Su gobierno dura catorce meses y medio y su vida 24 años.

Sangre panameña tiñe una página de la historia peruana.

José de Antequera y Castro (Doctor)

Nace en Panamá en 1689. Son sus padres, el Licenciado José de Antequera Henríquez, Caballero de la Orden de Santiago, Oidor por más de 28 años de la Audiencia de Panamá y luego de la de Buenos Aires, y doña Juana María de Castro,

ambos oriundos de España y de distinguida nobleza.

Recibe esmerada educación en Buenos Aires y se dedica en España a la jurisprudencia. Es doctor en leyes y en cánones. Conoce el latín y traduce a los clásicos. Madrid lo acoge con cariño y allí se le da la Orden de Alcántara.

Vuelve a la América como Fiscal Protector de la Audiencia de Charcas. Va al Paraguay como Juez de Pesquisa y contra el Gobernador Diego de los Reyes Dalmeida. Llega a Asunción, arresta a éste y asume la autoridad gubernativa, facultado por Audiencia.

Reyes se fuga y se acoge a las misiones de los jesuitas. La influencia de éstos con el Virrey del Perú, Arzobispo Fray Diego Morcillo, obliga a Reyes a volver al poder. Antequera apoyado por los dos Cabildos (eclesiástico y secular) se resiste a entregar el mando. Defiende al común. Es el jefe de los Comuneros.

Se establece Reyes en uno de los pueblos de las misiones y se titula Gobernador, apoyado siempre por los jesuitas y le forma causa a Antequera.

Viene lo inevitable: la lucha de los dos bandos.

Se opera un cambio de gobierno en el Perú. Entra ahora el Marqués de Castellfuerte, militar recto y autoritario, quien para dar fin a las turbulencias del Paraguay, nombra al General Bruno Mauricio de Zabala. Antequera ante esta nueva se fuga a Chuquisaca; allí cae preso y se le remite a Lima. Comienza el juicio contra éste en 1726 y termina, con la condena, en 1731.

En este último año —1731— a las diez de la mañana del 5 de Julio, el doctor Antequera, en una mula negra y escoltado por cien soldados de caballería, penetra en la Plaza Mayor de Lima.

Un fraile franciscano grita: "Perdón!" Grito que repite el pueblo. La infantería hace fuego. La caballería da una vigorosa carga. El pueblo se defiende con piedras. Muere Antequera atravesado por una bala, lo mismo que dos frailes, un negro, dos soldados. . . . El Virrey hace subir el ca-

dáver al patíbulo y allí lo manda degollar, para cumplir así con la sentencia.

Sangre panameña tiñe otra página de la historia peruana.....

Francisco Jiménez Cuevas (Coronel)

Nace en Panamá en 1778, del matrimonio del Teniente Coronel y Comandante del Batallón Fijo de Panamá, don Cayetano Ximénez, catalán y doña Josefa de las Cuevas y Alvarez, aragonesa.

Tiene 13 años cuando ingresa como Cadete en el Batallón que manda su padre. Va a España y sigue la carrera militar.

En 1801 es nombrado Subteniente y tres después, Teniente.

Su hoja de servicios es brillante: Mayor General en la Cuchilla de Tambo; Capitán de Granaderos del Primer Batallón "Nu-

mancia"; Comandante del "Tambo". Hace la campaña en Venezuela en 1817 y 1818: en la acción de Clarines derrota al Libertador don Simón Bolívar; toma a Barcelona. Ya es Coronel y en la batalla de Carúpano derrota a Nariño. Combate en Mata Siete, en Juan Griego, en Yaguaráparo, en Guiría. En la toma de Cariaco recibe una herida grave.

Es Segundo Jefe de la Tercera División del Ejército de Morillo, que manda el Gral. Barreriro, en la batalla de Boyacá. Cae prisionero y el 11 de Octubre de 1819 es fusilado en Bogotá junto con Barreiro y sus 38 compañeros, de orden del Vice-Presidente de Colombia General Francisco de Paula Santander.

Sangre panameña tiñe el recuerdo del Hombre de las Leyes.

EL CASTILLO DE SAN LORENZO

Por JUAN BAUTISTA SOSA

La amable invitación de una personalidad distinguida en el mundo femenino de esta capital me permitió ser el 6 de Marzo de este año de 1908, el visitante y observador curioso de la imponente fortaleza de San Lorenzo de Chagres, resto todavía en pie del pasado poderío español en el Istmo de Panamá, que evoca en la memoria, en la sucesión de los tiempos, puntos culminantes de la epopeya de aquel tremendo duelo sostenido, durante los largos años, por el odio y la rivalidad de dos pueblos, igualmente poderosos.

Un carro especial anexo al tren regular de la mañana nos recibió en el andén de esta ciudad, e incorporado el resto de los expedicionarios en la estación de Culebra, continuamos, en número ya de diez, hasta Gatún, para trasbordarnos al "Ruth", pequeña y gallarda nave, a vapor de la Comisión del Canal Istmico, la que en el término no más de dos horas y media, a marcha reposada sobre las aguas del caudaloso Chagres, nos puso a la vista de la fortaleza, atalaya singular que semejaba en la distancia un extraño alto-relieve sobre el fondo de un cielo limpio y ardiente.

Poco después de verificado el desembarco en los frágiles y celosos cayucos de los nativos, dejamos atrás el caserío de Chagres — asentado en la curvatura de la ribera que forma el puertecillo — y vencida con entusiasmo la pendiente de la colina, alcanzamos, jadeantes, la meseta de ésta en cuya parte Septentrional se levanta el fuerte. Conturbado el ánimo por una especie de religiosa emoción, avanzamos hacia los muros exteriores y, flanqueándonos, nos encontramos al cabo bajo las arcadas del puente levadizo, caído ya al peso de la indiferencia y de los años.

La puerta estrecha de una construcción sa-

liente que forma el cuerpo general de los edificios nos franqueó el paso al fondo de una bóveda espaciosa, cuya entrada principal, al Norte, da al gran patio, un polígono irregular limitado en tres de sus lados por las negras y gruesas paredes de estructura ciclópea, en las cuales, a trechos simétricos, se abren las puertas de las bien conservadas bóvedas y las de los depósitos donde se almacenaban los materiales de guerra y las provisiones, paredes que son así mismo base y sostén del reducto y camellones superiores.

En el patio, en primer término, la hermosa cisterna de agua potable para el servicio del establecimiento, inmediata a la cual se encuentran las ruinas de dos edificios elegantes, de cal y canto y ladrillo, de dos pisos residencias que fueron del Comandante del castillo y de los oficiales de la guarnición; luego un campo abierto donde, esparcidas dentro de empalizadas, debieron elevarse las casas de caña y barro, techadas de palma, de los soldados; al extremo izquierdo una caseta sólidamente construída, incólume aún, de interior abovedado, destinada, al parecer a depósito del tesoro o a prisión especial para presos de nota o consideración, en cuyas paredes, cubiertas por una capa calcárea, el turista consigna, por lo común, una fecha y deja inscrito su nombre, a la derecha, espacio de por medio, la garita que servía de abrigo al centinela y desde donde la vista abarca plenamente el horizonte, casi circular. Bordeando la fortaleza por tres de sus costados, la línea de murallas y los fosos exteriores al Oriente; a continuación el precipicio perpendicular y áspero sobre el río y el mar, y abajo el estrellarse de las olas contra las rocas graníticas que soportan la masa enorme del promontorio. Una escalera de peldaños ta-

llados en la piedra permitía, según se refiere, la comunicación entre la orilla del mar y la fortaleza, y un subterráneo obstruido hoy, pero cuyas entradas se identifican, la facilitaba, igualmente, con el pueblo.

Cascos de granadas, proyectiles redondos de todas dimensiones, en cantidad incontable, se encuentran en rimeros y dispersos en el patio; y en las bóvedas — superiores en estructura y capacidad a las de Panamá — se ven ahogados entre el polvo y el orín, pedazos de hierro y de madera, los restos de las cureñas de cañones, culebrinas y morteros, utensilios domésticos, cadenas y grilletas que cargaron con su peso y sus tormentos a presidiarios y galeotes.

Una rampa a la izquierda y a la derecha una escalera de piedra, de veinte o más escalones, permiten el fácil acceso desde el patio al piso superior del fuerte, un rectángulo de treinta metros por flanco a diez de altura de la planta baja, domina el río que, magestuoso, se oculta a lo lejos en una sinuosidad de su curso, y del mar, desierto y vasto hasta confundirse con el cielo en la quebradura del horizonte. Sobre el pavimento casi intacto de esta construcción, así como en cada sitio de la fortaleza, se hallan tendidos como seres cansados después de afanosa brega, los negros y pesados cañones, los más de dos cuerpos de hombres, que antaño sembraron la muerte y atronaron los aires con su horrisono estampido. Se encuentran algunos tan cercanos a las troneras de los baluartes y murallas, que parecen aguardar el esfuerzo de los artilleros para despertar de su sueño de siglos a la actividad de la guerra y de la destrucción.

Alzase allí, en un espacio de la cortina meridional, una pequeña construcción cuadrada, de seis metros por banda, coronada por una cúpula de forma tan elegante que el común la denomina "la media naranja". Cierta semejanza tiene con las capillas adyacentes a nuestro templo de la Merced, y es el punto culminante de toda la fortaleza, donde debió ondear, agitado por la fuerte brisa del Atlántico, el estandarte de España con sus vívidos colores. Era el sitio de la prevención, donde un retén de veinticinco hombres hacía la guardia del castillo. Entre la "media naranja" y dos arcos destacados del reducto del Sur se tendía el puente levadizo, encima del foso ciego que, bordeando en parte el cuerpo principal, concluye en el despeñadero, en el fondo del cual las aguas del río golpean furiosas antes de confundirse con las mugientes del mar.

El reducto del Sur es otra construcción de arquitectura angular elevada al mismo nivel, y paralela al principal, del cual lo separa el foso ya mencionado; del resto del promontorio, por la parte de tierra, lo está por un corte natural o zanja de treinta pies de profundidad, salvado en su época por un angosto puente de madera que permitía a la guarnición el tránsito con el poblado y la asistencia en los días de guardar, a las fiestas religiosas en la iglesia parroquial.

Las troneras de las murallas de ese puesto daban salida a las bocas de una batería de doce cañones de grueso calibre, cuya acción ofensiva alcanzaba a la vez el mar, el río y el contorno vecino; de modo que un enemigo que ganara la meseta de la colina por un golpe de arrojo singular, su-

fría al ponerse a vista el fuego de artillería y mosquetería de los defensores; y todavía, tomado este reducto salvando para ello el primer foso y las defensas accesorias exteriores como empalizadas, trampas, zanja, etc., quedaba en él a la merced de la agresión poderosa del principal, al cual no tenía acceso sino a través del puente levadizo cuyo estribo descansaba en la caseta de la prevención, a diez metros de altura del segundo foso.

Considerando todo esto admira el visitante los esfuerzos y la constancia puestos en ejecución por el gobierno español y las autoridades coloniales del país para hacer del promontorio el orden militar, y el arrojo y la audacia de los ingleses que dos veces les permitieron convertir en factible lo que parecía en la vanidad de aquéllos de todo punto irrealizable.

Las bocas del río Chagres fueron descubiertas el 15 de Febrero del año de 1510 por Lope de Olano; sus márgenes, por la parte del interior, las descubrió en 1519 el Capitán Diego de Albites, pero no fue hasta 1527 cuando se verificó su exploración por el Capitán Hernando de la Serna y el Piloto Pablo Corzo, quienes habiendo salido de Panamá, se embarcaron con la expedición a sus órdenes en una canoa construida exprofeso a la orilla del río, en cuyas ondas se lanzaron el 3 de Abril del citado año: el término de la sexta jornada, el día 10, después de recorrer veinticinco leguas, salieron del mar.

Para defender la entrada de este río se construyó en los comienzos del siglo XVII, sobre la cumbre de la colina, a la banda derecha, el Castillo de San Lorenzo, conforme a los planos levantados por el ingeniero romano Juan Bautista Antonelli, quien había dirigido las obras de defensa de la plaza de la Habana y acababa de delinear las de Portobelo. A pesar de la heroica resistencia que opuso la guarnición bajo las órdenes del castellano Don Pedro de Elisalde y Ureua, el castillo cayó el 6 de Enero de 1671 en poder de Joseph Brodley, teniente de Morgan, en cumplimiento del plan principal que tuvo completo éxito con el asalto y toma de Panamá el 28 de ese mismo mes y año.

Mejorado a raíz de este acontecimiento en sus condiciones de defensa, fue, no obstante, tomado otra vez y destruido en 1740 por el Almirante Eduardo Vernón y reedificado en 1752 por Don Ignacio de Salas. Durante el régimen republicano de la Nueva Granada sirvió de presidio nacional hasta 1846 en que, abandonado, quedó con los años convertido en una verdadera ruina tras de lucha formidable con la naturaleza indómita que invadiendo el recinto, lo ocultó hasta del rayo solar bajo la espesa cobertura del follaje.

La fortaleza, en cuyas paredes agrietadas se agarran despiadadamente las raíces de los árboles y amorosas las enredaderas y las flores silvestres, se mantiene en la actualidad, en relativo buen estado de limpieza, gracias al interés combinado de las autoridades provinciales, y municipales de Colón y de Chagres, respectivamente: la maleza que la cubría, arrojada fuera de los linderos, permite ahora al visitante admirar el conjunto de cuanto se encierra en aquellos muros y meditar sobre el fin de las grandezas humanas.

Por qué siempre te busco

*¡Cómo me encantan las mañanas húmedas
en que todo parece entumecido;
y los velos flotantes de las nieblas,
y las escarchas y los vientos fríos!*

*¡Cómo me gustan las mujeres pálidas
como la lumbre tenue de los cirios,
con esa densa palidez que anuncia
la hiel de los recónditos martirios:*

*La soledad feliz del aislamiento;
la calma aterradora del hastío;
el santo orgullo de sentirse lejos
de todo lo que es falso y lo que es frívolo!*

*¡Cómo me placen las pupilas cuando,
bañadas por las gotas de rocío
del llanto traicionero, poco a poco
van adquiriendo milagroso brillo!*

*Por eso es que te busco y te deseo.
Por eso quiero estar siempre contigo;
porque se esconde en tu actitud huraña
el poder de un extraño magnetismo.*

*Porque estás siempre triste y siempre sola;
porque vives del modo como vivo,
con la armadura de la indiferencia
que suele fabricar el pesimismo.*

*Porque tus ojos angustiados hablan
con elocuencia de tus duelos íntimos,
y, como las auroras invernales,
están faltos de lumbre y ateridos.*

*Porque eres, como yo, serena y fuerte,
en los embates rudos del Destino;
y sabes comprimir la queja amarga,
para que de ella nadie haga ludibrio.*

*Por eso es que te quiero y te reclamo;
porque a tu lado siento un gran alivio.
Y por eso, mi bien, es que quisiera
encontrarte amenudo en mi camino.*

1944.

JOSE GUILLERMO BATALLA.

POETICA

EL PRIMER PANAMEÑO CELEBRE

Por SAMUEL LEWIS

Fué característica, especial y exclusiva del conquistador hispano, la facilidad con que fusionó su raza con la autóctona sometida a su dominio.

Era inclinación natural, desprovista de ulteriores miras.

No significó sacrificios momentáneos capaces de resolverse en provechos venideros.

Aun bajo esta luz, es impropio considerar aquellos acoplamientos con las princesas obsequiadas por caciques poderosos, en señal de alianza o en prenda de amistad.

Ocurrencias semejantes fueron, por fuerza, limitadas en tanto que las uniones voluntarias resultaron innúmeras.

La característica es irrefutable y la solidez de tales conjunciones excluye la idea de apremio sexual como razón de fundamento, ya que frecuentemente tuvieron por término la vida de uno de los compañeros.

La base de tan peculiar tendencia hállase en las generaciones precedentes. Es incubación atávica en movimiento constante, producto muy suyo de ese pueblo español, creación sucesiva de mezclas con otros pueblos, amalgamados en el crisol invisible de variadas invasiones, hasta dar vida a España, la España inmortal del Siglo XVI.

Otras razas conquistadoras jamás estuvieron sujetas a igual evolución. En consecuencia, se mantuvieron herméticas dentro de su propio círculo y lograron absorber, exterminar, pero no fusionar. Crearon imperios sin fundir, en amor, conglomerados humanos que, en el curso de los siglos, se transformaron en una raza nueva, vigorosa y compacta.

De las infinitas vinculaciones raciales, entre la hispánica y la india, surgió la americana, y, como unidad integrante de ella, el primer panameño célebre: Diego de Almagro, llamado "El Mozo" para distinguirlo de su progenitor.

Representaba el producto típico de esa fusión.

Fué su padre el conquistador don Diego de Almagro y su madre una india, criada de éste, conocida en la historia con el nombre de Ana Martínez.

Nació en la antigua ciudad de Panamá en 1520, un año después de su fundación por Pedro Arias Dávila.

Don Diego de Almagro, rústico, analfabeta, arrojado con todas las virtudes y todos los defectos del obscuro aventurero, cobró intenso cariño a su hijo. Empeñóse en proporcionarle tan esmerada educación como era posible en aquellos remotos tiempos. Dolorido de verle crecer a su lado con el estigma de su origen, en 1529, obtuvo de Carlos Quinto, por medio de Francisco Pizarro, como la menos miserable de las mercedes concedidas en atención a los grandes servicios que había prestado a la Corona, su legitimación, cuando apenas contaba nueve años de edad.

Los sentimientos paternales le impulsaban a acariciar el modesto pensamiento de unirle en matrimonio con la hija de uno de los Consejeros de Indias.

Vasco Núñez de Balboa despejó la suprema incógnita, en 1513, al descubrir el Mar del Sur.

Las imprecaciones de Panquiaco en presencia de la disputa surgida entre la turba soldadesca, a causa del oro recogido, abrió vastos horizontes en el espíritu del Gran Conquistador. Era la revelación maravillosa de la existencia, allende el nuevo mar, de un imperio colosal, rico y poderoso.

El intrépido Adelantado fijó ese rumbo a la brújula de su ambición.

Dió principio a los preparativos necesarios. Cruzó la abrupta cordillera darienita llevando — a hombros de sarta apretada de indios — los materiales requeridos para la construcción del barquichuelo en que proyectaba navegar en pos de aquella conquista, que las afioranzas de Anayansi coloraban con luces de realidad incomparable.

Pero el odio y la codicia del Justador epiléptico movieron el brazo del verdugo, y Acla contempló, atónita, el hacha criminal, que debía de cortar de un golpe aquella cabeza privilegiada donde se esbozaba la colonización más perfecta del continente de Colón.

Quedaba el campo abierto para otras energías.

El ambiente esterilizante, creado por la falacia crónica del jefe máximo de Tierra Firme, en el cual zigzagueaban, como rayos siniestros, los celos y la envidia, las sospechas y las deslealtades, las intrigas y los egoísmos, los dobleces y las traiciones, ambiente en que se agitaba ese grupo exótico en parajes, para ellos, más exóticos aún, retardó dos lustros largos el triunfo final sobre lo desconocido, intentado, vanamente, por gentes de valía, como Pascual de Andagoya.

Surgieron al cabo dos hombres dispuestos a afrontar la empresa, calificada de locura y tenida por temeraria: Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Dos soldados ignorantes, inhumanos, de rudeza extrema, pérfido y cruel el primero, sencillo y generoso el segundo, ambos seducidos por el brillo de posibles riquezas y poderío, listos a realizar inverosímiles hazañas.

Las tentativas de éstos, como las de sus predecesores, resultaron baldías. Empero las perspectivas de tesoros fáciles y cuantiosos, encendieron la avaricia incontenible en el alma de uno de los veteranos de la conquista: el Licenciado Gaspar de Espinosa, quien, ocultándose tras los hábitos sagrados del presbítero, vicario de la Santa Iglesia de Panamá, Hernando de Luque, aportó veinte mil pesos en barras de oro para formar la compañía, al parecer tripartita, pero a la sombra de la cual figuraba también el avaro Pedro Arias Dávila, sin nada que aportar, pero presto a recibir, firmada el 10 de Marzo de 1526, ante el escribano de S.M. y de número, Hernando del Castillo.

En tan importante documento se lee confesión confirmatoria de la escasa preparación intelectual de los dos capitanes, cuando a la letra dice: "y firmó el dicho don Hernando de Luque, y porque no saben firmar el dicho capitán Francisco Piza-

ro y Diego de Almagro, firmaron por ellos en el registro de esta carta Juan de Panés y Alvaro de Quiro, a los cuales otorgantes yo, el presente escribano, doy fe que conozco".

Era tal la desconfianza imperante entre los hombres de Castilla del Oro, bajo el régimen de aquellos días, que las formalidades de una escritura pública no ofrecían, al parecer, seguridad bastante, de suerte que apelaron a un recurso inusitado: la intervención de Dios en las terrestres operaciones mercantiles. Al efecto, el sacerdote, socio visible, celebró en el Convento de la Merced, la santa misa: dividió la sagrada forma en tres partes, que recibieron los contratantes con religiosa devoción, en testimonio de la garantía espiritual y divina con que refrendaban el cumplimiento de las obligaciones contraídas.

Robustecidos así los medios de acción, lograron los servicios del célebre piloto Bartolomé Ruiz. Tras penalidades y sufrimientos, sacrificios y privaciones, el arribo a Tumbes desgarró el velo que ocultaba el porvenir resplandeciente.

Aprestos superiores eran menester para la conquista del gran imperio.

Los socios se reunieron en Panamá con el objeto de preparar la forma de solicitar de la Corona las autorizaciones del caso y designar el comisionado que se encargaría de misión tan delicada. Pizarro, sin duda consciente de su insuficiencia para tratar con la Corte, se hallaba renuente a desempeñar el cargo. El padre Luque se inclinaba por la escogencia de un tercero. Almagro insistía en que fuese Pizarro. Prevalció este concepto y, luego de reunirse escasos fondos, embarcó Pizarro en Nombre de Dios con destino a Sevilla, donde llegó a mediados de 1528.

Prosperaban visiblemente las semillas de fricción, que entre los dos capitanes, había sembrado anteriormente Pedro Arias Dávila. Tan claros eran sus frutos venideros que Luque pronunció aquellas proféticas palabras: "Plegue a Dios, hijos que no os hurtéis uno al otro la bendición, como Jacobo a Esaú; yo holgara todavía que a lo menos fuéramos entrambos".

Antes de la partida convínose en las mercedes principales que debían solicitarse: la Gobernación para Pizarro, el adelantamiento para Almagro, el Obispado para Luque, el alguacilazgo para Bartolomé Ruiz, etc., etc.

Puesto el mar de por medio, las ambiciones de Francisco Pizarro no conocieron límites. La fe jurada, la gratitud, la honradez, carecían de poder para detenerle en su actuación acaparadora de todos los beneficios y provechos derivables de su misión, sin un recuerdo siquiera de las obligaciones concertadas con sus socios.

Así lo demuestra la Capitulación del 26 de Julio de 1529, hecha en Toledo, mediante la cual don Francisco Pizarro se hizo nombrar, de por vida, Gobernador y Capitán General de doscientas leguas en la costa de Nueva Castilla; procuróse los títulos de Adelantado y de Alguacil Mayor de la tierra, con los salarios, dádivas y prerrogativas consiguientes.

Para Almagro, la Alcaldía de la fortaleza de Tumbes, la Gobernación a la muerte de Pizarro y la legitimación de su hijo natural: don Diego de Almagro, "El Mozo".

Las ventajas obtenidas, de acuerdo con el pacto firmado el 10 de Marzo de 1526, correspondían por partes iguales a los tres socios y resultaba agraciado en mayor escala Pizarro, en tanto que Almagro quedaba relegado al más inferior de los planos en lo relativo a honores y provechos, pues, en cuanto a lo moral, su situación era aun más grave.

Regresó Pizarro, acompañado de cuatro hermanos: Hernando, legítimo; ilegítimos como él, Juan y Gonzalo; y uterino, Francisco Martín de Alcántara, en encumbradas posiciones.

Hernando Pizarro, de mejor estado y de capacidades muy superiores que los otros, concibió, a primera vista, capital desprecio por Almagro, feo y desaliñado. A su autoridad se negaría a someterse. Humanamente natural, Almagro, a su turno, se negaba a verse supeditado por los extraños recién llegados, desconocedores de los peligros a que él se había sometido para llegar a la meta y verlos gozar de sus frutos, arrebatándoles por la deslealtad de quien fue su amigo.

Sin embargo, iniciada en firme la conquista del Perú, hubo reparaciones a la situación de Almagro. Hernando Pizarro, de regreso de Castilla le trajo los títulos de Gobernador y Adelantado de la Nueva Toledo, que comprendía doscientas leguas de costa, línea recta de Este a Oeste, Norte y Sur, desde el límite en que terminarse la jurisdicción de Francisco Pizarro, con facultad para nombrar su sucesor.

Las reparaciones equitativas del Rey exasperaron al rival, encendieron su ya hipergólica envidia y ahondaron la profunda división entre los que fueron compañeros de infortunios y estaban llamados a ser copartícipes de glorias comunes.

Grandes eran las probabilidades de que el Cuzco quedase ubicado dentro de los límites de la Nueva Toledo.

La capital del gran imperio de los Incas convirtióse, desde ese instante, en la manzana de primordial discordia.

En este oleaje de odios y de infidencias, entre el choque violento de vitales intereses encontrados, en el centro de viles asesinatos y de trágicas matanzas, se desenvolvía la vida del adolescente panameño.

Emprendió don Diego de Almagro su viaje al Sur. Acompañóle su hijo, llegado al Perú en 1535, con don Francisco Martín de Alcántara. La naturaleza cruelmente hostil convertía en amarga decepción la marcha infructuosa. Los soldados exhaustos reclamaban la vuelta. La llegada de los decretos reales confirmando los títulos de don Diego a la Gobernación de la Nueva Toledo, sólo conocidos hasta entonces en extracto, determinaron el regreso.

Objetivo: El Cuzco.

En la noche del 8 de abril de 1537 lo ocupaba don Diego de Almagro.

Tras lucha violenta, cayeron prisioneros Hernando y Juan Pizarro, así como Alonso de Alvarado. Almagro, contra la presión de sus consejeros, se resistía a decapitarlos.

Siguió la batalla de Abancay.

Intervino el Licenciado Gaspar de Espinosa, llegado de Panamá con el fin de suavizar asperezas, sin resultados prácticos.

Almagro salió del Cuzco llevando a Hernando Pizarro con fuerte escolta. Bajó hasta el valle del Chinca, donde proyectaba fundar la ciudad que llevaría su nombre. Allí le avisaron la fuga de Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado.

En busca de la paz, convino en someter la disputa a Fray Francisco de Bobadilla, como árbitro único.

La sentencia resultó adversa a los intereses de Almagro y de los suyos: produjo sin igual descontento.

Hallábase en peligro la vida de Hernando. Su hermano, don Francisco, empeñábase en salvarlo. Con perfidia incomparable se avino a modificar el fallo en el sentido de dejar el Cuzco en poder de Almagro hasta lograr instrucciones claras de Castilla, y que Hernando quedara en libertad, con la obligación de partir para España en el término de seis semanas.

Almagro cumplió el pacto religiosamente. Abrazó al prisionero, lo condujo a los cuarteles, le ofreció una comida a la cual concurrieron los oficiales de alto rango, y con una escolta, de la cual hacía parte su propio hijo, el joven Diego, lo hizo conducir hasta Mala, campamento entonces de don Francisco Pizarro.

Recibióles el Gobernador con grandes muestras de regocijo. Prodigóles infinidad de atenciones, especialmente, al hijo de su rival. Tal su fingida bondad, que los de Almagro regresaron convencidos de que la paz quedaba afianzada para el futuro.

Era la mueca sonriente del leopardo que se apresta para abalanzarse sobre la presa adormecida.

Se iniciaba la guerra civil, titulada por Francisco Pizarro "Hora de la venganza".

Diego de Almagro, "El Mozo", de dieciocho años de edad, conocía ya muy a fondo los tormentos del aventurero conquistador; los fríos intensos de los páramos; los escarpados precipicios de los Andes; los ríos torrentosos; las fieras y los insectos implacables; la furia de los indios defensores de su suelo; las mordidas del hambre y de la sed. Faltábale saborear la falacia malsana de los hombres.

Sus ojos, desde la margen opuesta de la fortuna, contemplaron el panorama seductor de la riqueza y del poder al alcance de su brazo. ¡Su ambición se dilataba por confines titilantes de esperanzas!

Mancebo virtuoso, de valor probado, magnífico jinete, instruido en leer y escribir, más de lo que requería su condición de soldado conquistador, endurecido el cuerpo y templado el espíritu en las pasmosas luchas hasta entonces emprendidas, lo disponían a la brega atroz que se iniciaba.

A flor de piel flotábanle la temeridad, la crueldad y la perseverancia del español. La cautela, la fiebre de venganza y la malicia del indio, asomábanse en una penumbra rayana en aurora, en tanto que la franqueza y la generosidad del padre, le envolvían como un halo subyugador.

Despuntaba en todo él el hombre del mañana, llamado a actuar en ese teatro trágico, mil grados superior a la fuerza y a la capacidad de un mortal en infancia, cuyo epílogo inevitable sería el martirio.

Entre tanto los de Pizarro se apercebían.

Vueltas las espaldas de los agasajados adversarios, Francisco Pizarro participó a don Diego de Almagro que el pacto estaba roto y le intimaba la rendición del Cuzco.

El Gobernador de Nueva Toledo, gravemente enfermo, confió la dirección de los negocios a Orgoñez. La situación se tornaba crítica. La salud de Almagro empeoraba. No obstante el viejo capitán se hizo conducir en litera hasta Beticas.

Pizarro, aquende la cordillera ya su ejército, terminó los preparativos bélicos, confió la campaña a su hermano Hernando y regresó a Lima a esperar el desenlace.

El 26 de abril de 1538 dióse la batalla de Salinas que terminó con la más desastrosa derrota de Almagro, quien desde una colina cercana veía hundirse en el infinito tenebroso su desleal estrella.

Desatóse la enfurecida crueldad de aquella soldadesca sedienta de sangre, de riquezas y de poder, que dió pábulo a la más horribles venganzas, ultimando los heridos en sus propios lechos de dolor, decapitando sin piedad y dedicándose al pillaje y al asalto.

Era Hernando Pizarro el héroe vencedor. Su ferocidad crecía al calor de la victoria. Por primera providencia capturó al joven Almagro, y, fuertemente custodiado, lo envió al campamento de su hermano. El punto céntrico de su odio, don Diego de Almagro, septuagenario, enfermo, abatido por la tristeza, circó que parpadeaba a los últimos soplos de la vida, era su prisionero.

Sonaba la hora de saciar, en él, su rabia inagotable. Al tener noticia de su precaria situación exhaló de su boca sanguinaria aquella blasfemia espeluznante: "No me haga Dios tan gran mal que le deje morir antes de caer en mis manos".

Y dió comienzo al suplicio que anticipadamente saboreaba.

Lo visitó en la cárcel; se complacía en hacerle concebir la certeza de su libertad; le trataba de la mejor forma de emprender viaje a sitio seguro; le proporcionaba las mejores viandas; mientras que, a la sombra, desde el instante de su prisión, inició el risible y pretendido proceso.

La sevicia de Pizarro no le iba en zaga a la de su hermano Hernando.

En Xauxa, el joven Almagro le pedía clemencia para su padre y dos veces el Marqués le ofrecía salvarle la vida.

Terminóse el inicuo proceso el 8 de julio de 1538 y de cerca siguióse la sentencia de muerte.

Faltábale a Hernando Pizarro el goce de cruel escena final. Almagro, al conocer la condena, le pidió una entrevista que aquel no vaciló en concederle al punto.

Almagro, gastado por la edad y las privaciones de su larga vida, agobiado por el terrible peso de sus infortunios, acometido de increíble flaqueza, humillóse implorando le concediera la vida. Arrogante, el empedernido corazón del nefasto Pizarro, que más tarde expiaría su crimen en varios lustros de prisión, con la frialdad de la serpiente, le repuso: "Extraño veros portar de manera tan poco digna de un valiente caballero" y terminó: "Vuestra suerte es inevitable y os debéis preparar para sufrirla".

Como un destello de sus ayeres valerosos, Al-

magro se repuso; preparó su alma presta a dejar el suelo de sus hazañas y dispuso su testamento. Nombró herederos al Rey y a su hijo, declarando que en poder de Francisco Pizarro tenía grandes sumas procedentes de la compañía celebrada entre ellos. Pidió al Rey que hiciese merced a su hijo, y, de conformidad con la facultad real que le había sido concedida, nombró a su vástago querido gobernador de la Nueva Toledo, cuya administración, hasta que llegase a la edad necesaria, encomendó a su fiel amigo, don Diego de Alvarado.

Con la serenidad de antaño sometióse al suplido.

Principiaron, entonces, tres años de continuos tormentos y de horribles angustias para Diego de Almagro, "El Mozo".

Dispuso don Francisco Pizarro que viviera en Lima, alojado en su propia mansión, pero en breve le hizo salir. El joven gobernador, huérfano, sin hogar y sin familia, arrebatados sus dominios y despojado de sus riquezas, quedaba en la miseria, al igual que sus amigos y los que fueron amigos de su padre. Vivían en la más horrorosa estrechez, sin pan, sin vestidos, sin respetos, sometidos a toda clase de vejámenes, provocaciones e injurias. De los viejos compañeros del socio de Pizarro, alguno le ayudaba aun a trueque de conquistarse persecuciones incesantes de los dueños del poder. Los partidarios suyos, "Los de Chile," como se les llamaba, vagaban por los pueblos a merced de la caridad de los indios.

La soberbia, la vanidad, el orgullo de Francisco Pizarro sobrepujada en magnitud los picos más altos de los Andes. Ya no era el jefe acogedor de sus oficiales y soldados, complaciente con los indios. Se había tornado áspero, desabrido y desdefioso para con los suyos, despiadado y perseguidor con sus contrarios.

Tal era su fatuidad que al solicitarle, comedidamente, don Diego de Alvarado, la desocupación de la Nueva Toledo, a fin de que surtiera efecto el nombramiento de gobernador hecho en don Diego de Almagro "El Mozo", por disposición de su padre, le respondió "que su gobernación no tenía término, y llegaba desde el estrecho de Magallanes hasta Flandes".

En más de un siglo se adelantó a la hiperbólica vanidad de Luis XVI: "El estado soy yo".

Cundía el desaliento "en los de Chile", hombres de preciosos méritos, muchos de ellos. La existencia material era agonizante y la espiritual irresistible.

Súpose el nombramiento del Licenciado Cristóbal Vaca de Castro, hecho por la Corona, como Juez especial para investigar los sucesos del Perú. Chispas de futura vida parecieron lucir para "los de Chile". Para Pizarro y los suyos sacudimientos de inquietud alteraron la placidez en que holgaban.

El arribo del Juez demoraba. La impaciencia se intensificaba en los vencidos, en tanto que la imprudencia de los vencedores no vacilaba en pregonar que el Licenciado venía a favorecer a Pizarro.

La desesperación asumía proporciones incontenibles. Exigía remedio inmediato y tramóse una conspiración para apoderrarse de Pizarro y que, en plano de igualdad, los contendores se presentaran

ante el representante de la Corona a hacer valer sus derechos y a explayar sus quejas.

Circulaba la noticia de una parte a otra de la ciudad. A granel llegábanle avisos a Pizarro, sin más fin que merecerle su desprecio. La soberbia le había cegado a tal punto que se estimaba fuera del alcance de los arrojados humanos.

El domingo, 26 de Junio de 1541, tal vez a influencia de funesto presentimiento, el Gobernador no concurrió a misa y hallándose Almagro en casa con varios amigos, presentóse Pedro de San Milán gritando: "Que hacéis? de aquí a dos horas nos van a hacer cuartos a todos: así lo acaba de decidir el Tesorero Riquelme".

Juan de Rada, oficial veterano, se pone de piés, toma sus armas, se arman los demás, los alienta con palabras de entusiasmo, acerca sus labios al manjar frío de la venganza; izan en la ventana el paño blanco, convenida señal de concentración a los compañeros; y, jugándose la vida cara al sol, al grito de Viva el Rey! muera el Tirano! cruzan la plaza llena de espectadores, entran a Palacio — luego de atravesar los patios interiores — suben la escalera, y en lucha loca en que el fragor de las armas va dibujando en el horizonte de la historia la caída de un Conquistador altivo y afortunado, a quien la crueldad perdía, se desploma desamparado de los suyos el Marqués Francisco Pizarro, defendiéndose con la altanería y el valor de sus mejores años juveniles.

Se yergue ante la posteridad, incógnita, sumida en los pliegues oscuros de los tiempos, tanto más completa cuanto que su plena solución implica la penetración en las profundidades insondables del fuero interno de un ser siglos ha desaparecido, la cual consiste en conocer si Diego de Almagro, movido por la venganza y el odio hacia el que fué motor impulsante del verdugo que ejecutó a su padre era el alma de la conjuración que puso fin a la vida del Marqués.

Se afirma que armado y en público, aguardando las noticias postreras, al oír los gritos: "El tirano es muerto," dijo, ante la muchedumbre allí reunida, "que tomaba a mal lo hecho".

Guillermo H. Prescott, autoridad indiscutible, escribe: "Apenas es posible que se ocultase este plan a Almagro, pues que su propia casa debía ser el punto de reunión. Sin embargo, no está probado que se hallase complicado en el complot".

Manuel de Mendiburu, se expresa así: "Almagro, que no era autor, ni fomentaba el asesinato, creemos que no dió su consentimiento ni dictamen para que se hiciese y contestó a Rada "que mirara bien lo que se determinase".

Hay más, en la carta que Almagro dirigió desde Lima, a la Real Audiencia de Panamá, el 14 de Agosto de 1541, se lee:

"Por no dejar mi vida en alevé frío tan diabólico y desatinado, teniendo la muerte, determinado a morir, defendiendo mi vida y honra, con los criados de mi padre y los míos, acordé entrar en su casa y prenderle para escusar mayores daños, pues el Juez de S.M. ya venía i a cada uno hiciera justicia; i el Marqués como persona culpada para ello hizo tanto que por desdicha suya fue herido de una herida de que murió luego, i puesto que como hijo de padre a quien él había muerto le podía recibir por venganza, me pesó tan entrañamente que to-

dos conocieran en mí muy gran diferencia, y por ver que estaba tan poderoso y acabado como era de razón no hovo hombre, viéndolo en mitad del día que echase mano a la espada para ayuda suya ni después hay hombres que por él respondan: parece que se hizo por la justicia de Dios i por su voluntad, porque mi deseo no era tan largo que se entendiese a más de conservar mi vida en tanto aquel juez llegava”..

Mendiburu y Prescott difieren en cuanto al número de los asaltantes. Para el primero son diecinueve, para el segundo diecinueve o veinte. Mendiburu dá los nombres de los conjurados que penetraron en el palacio y entre ellos no figura Almagro. De la casa de éste es seguro que partieron veinte, pero Mendiburu no menciona a Gómez Pérez, aquel que por no mojarse rodeó un charco y a quien Juan de Rada dijo: “Con que vamos a mancharnos en sangre humana, q rehusáis mojaros los pies con agua? Vos no sois para el caso, ea, volveos”.

Todo tiende a demostrar que Diego de Almagro fué inocente y no le cabe responsabilidad alguna en el hecho delictuoso.

Muerto Francisco Pizarro, según el cronista, “pidiendo confesión, haciendo la cruz sin que nadie le dijese, Dios te perdona!” don Diego de Almagro, el mozo panameño, fué proclamado Gobernador y Capitán General del Perú.

Derribadas las dos columnas poderosas; Almagro y Pizarro que mantenían el imperio conquistado en equilibrio más o menos frágil, aquella región tan vasta, pletórica de riquezas inconcebidas, quedó convertida en campo fecundo donde se arremetían, con furor insano, las más encontradas ambiciones de poder y de oro.

Almagro, dirigido por Juan de Rada, bregaba con ahínco por consolidar su posición, enviando emisarios a las distintas ciudades con el fin de que le prestasen obediencia. En algunas fué entusiasmada el recibimiento, en otras con marcada frialdad.

En idénticas faenas se ocupaba Vaca de Castro. Amparado por el señuelo de la representación real de que se hallaba investido, confiado en la lealtad de los españoles a su Rey y decidido a no transigir con los victimarios del Marqués, preparábase para entrar a Lima.

Lejos de apaciguar los ánimos, su conducta propendía a consolidar la división de almagristas y pizarristas, repudiando a aquellos y apoyándose en éstos.

El Cuzco, objeto de todos los afanes de parte y parte, volvió a poder de Almagro, pero en breve se operó reacción contraria. Los partidarios del antiguo régimen se entendieron secretamente con Alvarez de Holguín, Capitán de Pizarro, que ocupó la ciudad por ambos conquistadores codiciada.

Más violenta aún resultó la oposición de Alonso de Alvarado, rencoroso de su derrota en Abancay, a la sazón al norte con cerca de doscientos hombres, quien, a la nueva del fallecimiento del Marqués, se puso al servicio de Vaca de Castro.

Alentado así el Licenciado, provisto de la facultad de asumir la dirección de los negocios en caso de que Pizarro muriera y aparentemente inclinado a extender esa facultad a la Nueva Toledo, salió hacia Quito, donde, por el momento se le unió Sebastián de Benalcázar, padrino del joven Almagro y

prestigioso capitán de Pizarro, célebre ya por sus variadas proezas.

Lima se mantuvo fiel al panameño, dedicado en primer término a restañar las heridas de los suyos, consecuenciales a tantos años de increíbles privaciones. Puso empeño en proveerse de recursos, armas y caballos.

Ocupado en tales menesteres, supo que Alvarez de Holguín salía del Cuzco para unirse con Alonso de Alvarado. Era preciso impedir reunión semejante, marchando contra el primero, destruirlo y proceder luego al encuentro del segundo,

El problema surgía trascendental. La campaña proyectada en esa forma, equivalía a rebelarse contra la Corona y Almagro mantenía la resolución de respetar al Rey, siendo su único intento defender “su vida y honra”.

Desechó el plan, como también el otro sostenido con vigor por varios de los suyos: marchar contra los dos cuerpos para batirlos al detal y enfrentársele seguidamente a Vaca de Castro.

Por fin, convino en seguir al encuentro de Holguín con el propósito de derrotarlo en Xauxa.

En el trayecto ocurrió la muerte de Juan de Rada. Pérdida dolorosa e importante que sufría. A su lado quedábanle dos hombres aguerridos, de gran pericia militar: Cristóbal Sotelo y García de Alvarado.

Los celos al punto despertaron. Ambos ambicionaban el mando de la tropa.

A causa de estos contratiempos los movimientos se retardaron en tal forma que, a su llegada al Valle de Xauxa, Holguín ya había pasado. Intentó perseguirlo en vano; las lluvias habían hecho crecer los ríos y Holguín, tomando la vía de la montaña, uniéndose con Alonso de Alvarado en el puerto de Huaura.

Optó entonces por volverse sobre el Cuzco a fin de reocuparlo y prepararse para salir otra vez en busca del crecido ejército de los adversarios. Sotelo recuperó la ciudad sin resistencia y Almagro hizo su entrada triunfal.

Otra situación grave presentóse allí. La discordia entre Sotelo y García de Alvarado asumió proporciones de lucha violenta. Los dos no cabían en las filas “de los de Chile”. García de Alvarado penetró en la casa de Sotelo y le dió muerte. El disgusto de Almagro era profundo, pero convencido de su poca fuerza para imponer castigo adecuado al infractor, disimuló su resentimiento con aparentes demostraciones de distinción, que García de Alvarado consideraba no sinceras, consciente de que había perdido la confianza de su jefe.

Receloso de que pudiera resultarle daño, el indigno subalterno urdió una conspiración para eliminar a su general. Avisado Almagro y obligado por la propia defensa, invadió la casa de García de Alvarado, seguido de unos cuantos soldados, que le ultimaron en el sitio.

Los sediciosos planes de García de Alvarado perecieron con él y desde ese momento Almagro conquistó la más ciega obediencia y el más leal apoyo de su gente. Su carácter experimentó notable cambio; fióse menos en los otros que en sí mismo; despertaba engrandecida su personalidad. Y la energía, la previsión, la desenvoltura y el juicio que demostró extraño a su corta edad, pusie-

ron en evidencia que sabía colocarse a la altura que el destino le señalaba.

Procedió a dar cima a los preparativos de la campaña. Llenó su tesoro con grandes cantidades de plata sacada de las minas, acumuló azufre extraído de las inmediaciones del Cuzco, destinado a la fabricación de pólvora y, bajo la dirección de Pedro Candía, hizo construir cañones, armas de fuego, corazas, yelmos, etc., etc., porque en breve aumentado por el auxilio que le prestó el Inca Manco, quien en el sitio del Cuzco en la época de Pizarro, había recogido cuantioso armamento. El Inca, recordando su amistad con el difunto rival del Marqués, se proponía estrechar esos lazos con el hijo ofreciéndole la cooperación de sus indios a la hora de la refriega.

Sin embargo, antes de que sonara el primer disparo, Almagro quiso probar el efecto de las negociaciones y en el verano de 1542 envió una embajada a Lima donde se hallaba Vaca de Castro. Por este medio manifestó su repugnancia en emplear el recurso de las armas en contra de un empleado de la Corona; que su único objeto era vindicar sus derechos sobre la Nueva Toledo, los cuales le correspondían como legado de su padre, herencia que injustamente le arrebató Pizarro. Agregábale que no pretendía disputarle al gobernador su autoridad sobre Nueva Castilla, país asignado a Pizarro, y le proponía que cada una de las partes se mantuviese dentro de sus respectivos territorios en espera de decisión final de España.

Esta comunicación, redactada en términos respetuosos, no mereció respuesta.

Perdida toda esperanza de arreglo pacífico, Almagro comprendió que sólo quedaba un recurso: las armas. Reunió, en consecuencia, sus tropas y antes de abandonar la capital se dirigió a sus soldados en hermosa y trascendental arenga, en la cual recalaba que la determinación alcanzada carecía de todo viso de rebeldía contra el Rey de España. Era un acto impuesto por la conducta del mismo gobernador, desde luego que su comisión se limitaba a ejercer autoridad sobre Nueva Castilla y no se extendía a la Nueva Toledo, cedida a su padre y transmitida por herencia paterna, de modo que Vaca de Castro se traslimitaba en sus facultades con la ocupación de esta comarca. "La sangre vertida por las hostilidades, provocadas por él, caerá sobre su cabeza y la de dos suyos". Al terminar expuso la verdad histórica: "con el asesinato de Pizarro no hemos hecho más que tomar por nosotros mismos la justicia que por otros se nos negaba. Somos tan fieles y leales súbditos de la Corona como él".

Las rivalidades de los capitanes, bajo las toldas de Vaca de Castro, no eran menos tensas que las que encontró Almagro entre los de su partido. Llegó al campamento de Alonso de Alvarado a principios de 1542.

La ruptura entre Holguín y aquél se definía al extremo de que el primero se había establecido en Haurua, a varias leguas distante de su rival. Vaca de Castro asumió el mando supremo, reconciliólos, mandó su fuerza a Xauxa, mientras que con pequeña escolta se dirigió a Lima, donde fue recibido con demostraciones de alegría por sus habitantes, la mayor parte pizarristas.

Pronto supo la salida de las tropas del Cuzco

con rumbo a la costa y sin pérdida de tiempo se movió sobre Xauxa, punto de concentración.

Almagro se dirigió a Guamanga, sitio bien fortificado a diez leguas de Xauxa, pero Vaca de Castro se le adelantó, cuando él estaba aun en Vilcas.

Las perspectivas de un campo de batalla, empapado con la sangre de las dos razas, cuya conjunción era él, resumen momentáneo del porvenir étnico de América, contristaban el espíritu del célebre joven panameño y retenían el gesto de su espada señaladora del destino fatal.

Sus impulsos hacia un arreglo pacífico recrudescían en su ánimo y vencedor este sentimiento, envió segunda embajada de paz a Vaca de Castro. Repetía sus proposiciones anteriores, lamentábase a causa de la inevitable ruptura y volvía a su empeño de quedar las partes entre sus territorios hasta que España decidiera la contienda.

Esta vez Vaca de Castro condescendió a dar respuesta en términos compasivos respecto de su juventud y de su inexperiencia, dignas de distinción entre él y los conspiradores principales, de cuyos intereses le pedía se desligase.

Para lograr tales concesiones le imponía la disolución de su ejército y la entrega inmediata de los causantes de la muerte de Pizarro, prometiéndole al par el olvido de su traición y el goce venidero del favor real.

Una rendición incondicional.

Si en las conferencias celebradas entre el desaparecido mariscal y Francisco Pizarro, el 13 de noviembre en Xauxa, la perfidia del último llegó al extremo de apostar a su hermano Gonzalo con fuerzas de consideración en las cercanías, para apoderarse del primero, cuya salvación se debió a un caballero adversario, quien, indignado de semejante falsía, repitió el dístico del antiguo romance:

"Tiempo es, el caballero,

Tiempo es de andar de aquí".

que Almagro comprendió en todo su alcance, no menos pérfido mostrose Vaca de Castro en esta ocasión, al incluir en el número de sus emisarios un español disfrazado de indio con el encargo de entenderse con varios capitanes almagristas, a fin de que abandonaran sus filas y se incorporaran a las del gobierno.

En este caso no fue necesario repetir el célebre dístico, porque descubierto el enmascarado, se le apresó y, sometido a tormento, confesó plenamente su delito, que expió luego en la horca por espía.

Confunde tanta infamia ante nobleza tanta.

El joven general apreció el peligro inminente que entrañaba la tarea adversaria de sembrar, con tan bajos dobleces, gérmenes de corrupción entre sus hombres y, secundado por los principales tenientes, suspendió el curso de las negociaciones resuelto a que el clarín sonara como preludio del destino; que la voz de las armas encendiese el fragor de la lucha y que la suerte, favorable o adversa, ciega siempre y siempre veleidosa, dictara su fallo inapelable.

Vaca de Castro consideró el terreno quebradizo de Guamanga inadecuado para la caballería, su fuerza principal, y bajó a las llanuras de Chupas. La naturaleza parecía rebelarse contra el drama próximo a cumplirse. Lluvias torrenciales, nieve constante y frío intenso entristecían al ejército.

El 16 de Septiembre de 1542 cesó la furia de los elementos. Las tropas de Almagro avanzaban a ocupar las alturas. Vaca de Castro, desde temprana hora, se puso en movimiento persiguiendo el mismo fin. Llegado a la cima supo que Almagro se acampaba en fuerte posición, a una legua de distancia.

El sol acusaba sus últimos resplandores y los dos ejércitos se enfrentaban.

Contaba Almagro con quinientos hombres disciplinados: los veteranos de su padre endurecidos en sucesivas campañas contra los indios. Doscientos de a caballo cubiertos de malla; alabarderos y arcabuceros bien armados; dieciséis cañones de grueso calibre y ocho falconetes, formaban su artillería: la crema de sus fuerzas.

Vaca de Castro presentaba setecientos hombres. La caballería mal armada y peor montada, constituía su mejor contingente. La infantería a más de número suficiente de alabardas, contaba con regular cantidad de armas de fuego, pero su artillería resultaba insignificante: cuatro falconetes mal equipados.

Un balance de los elementos demostraba ventajas a favor de Vaca de Castro.

El Licenciado alineó su gente y dió la orden de atacar.

Formaba el centro la infantería, reforzada por los cuatro falconetes; los flancos quedaron formados por la caballería; el ala derecho, donde colocó el estandarte real, al mando de Alonso de Alvarado y el ala izquierda a órdenes de Holguín. Como reserva, cuarenta jinetes, la flor de su ejército, bajo su mando inmediato, lista a acudir donde la necesidad lo requiriera.

Vaca de Castro montaba corcel morcillo y sobre su cota de malla lucía túnica de brocado, adornado con las insignias del hábito de Santiago.

En la cresta de empinada eminencia flotaban las banderas blancas de Almagro. La línea de batalla correspondía a la del enemigo: al centro la excelente artillería, a órdenes de Pedro de Candía, protegida por alabarderos y arcabuceros en los flancos la caballería, cuya ala izquierda dirigía Almagro.

El lujoso atavío del gobernador se eclipsaba ante el imponente espectáculo de las fuerzas de su contendor. El sol de soslayo, flameaba en las brillantes armaduras, al tope de posición formidable, escogida con pericia, propia para el juego eficaz de la artillería.

El avance de Vaca de Castro fué saludado con violenta descarga de cañones y falconetes. La metralla convincente lo hizo variar de intento y dispuso un rodeo de la colina. En la marcha chocó con los batallones indios que comandaba Paullo, hermano del Inca Manco; pero un cuerpo de alabarderos destruyó el esfuerzo.

Al enfrentarse de nuevo a las posiciones de Almagro, renovó sus estragos la terrible artillería. Inopinadamente, sus tiros tornáronse ineficaces, pasaban en alto como si se hubiese perdido la fijeza anterior. Almagro, al tanto de la correspondencia sostenida por Pedro de Candía con el enemigo, comprendió la traición, y luego de reconvenirle en vano, le hundió su espada, abalanzóse sobre los cañones, les dió correcta dirección, con

tal destreza que descarga maravillosa echó por tierra dieciocho soldados de caballería.

El fuego crecía en proporción devastadora para las líneas reales; enteras las barría la metralla y, aun cuando al punto se llenaban los claros, eran irresistibles las rápidas descargas. A gritos clamaban por el socorro de la caballería, detenida por Francisco Carbajal, empeñado en adelantar la suya escasa para oponerla a la poderosa contraria. Abandonóse el temerario intento y las trompetas dieron la señal de carga.

Almagro, obedeciendo la voz de la sangre española que bullía en sus venas, estimó indigno de un valiente capitán mantenerse a la defensiva, y dió orden a los suyos que cargasen. Los escuadrones enemigos se encontraron con saña violenta en mitad de la llanura. Las armas centelleaban con chispas de fuego, mazas y hachas contra hachas y mazas chocaron en zigzags de relámpagos. La lucha rabiosa, era de hombre con hombre, segadas las fuentes de piedad, desbordados los diques del odio, no existía amparo contra el golpe fatal. Nadie pedía ni daba cuartel: era el apogeo del exterminio, la apoteosis de la crueldad.

El fuego de infantería almagrista no era menos mortífero, con efectos horrendos en las filas adversas. La artillería dirigida con real eficacia tronchaba vidas en todas direcciones. Los de Vaca de Castro comenzaban a retroceder. Francisco de Carbajal lanzóse a la cabeza de los suyos al grito de "Mengua y baldón al que ceda". Se despojó de su yelmo y su coraza para igualarse a sus soldados, y, blandiendo su partesana, penetró la nube de humo que en espesas bocanadas botaban los cañones. Intrépido, audaz y temerario, entre balas y lanzas, seguido de unos pocos, destrozó artilleros y se apoderó de las piezas.

Diluíanse en las sombras las postreras luminarias del día. En el campo resonaban las voces de "Viva Vaca de Castro y el Rey" "Viva el Rey y Almagro". En confusión, insignias rojas y blancas, evocaban a Santiago en plegaria de auxilio.

Holguín, en el ala izquierda, cayó en la contienda, pero su fuerza se mantenía deteniendo a las de Almagro, en tanto que el ala derecha cedía ante la acometida personal del joven capitán. Alonso de Alvarado resistía con valor, pero Almagro peleando con sin igual denuedo, repetía cargas sobre cargas para arrollar los escuadrones de esa caballería debilitada. Le tomaba dos estandartes. Alvarado perdía terreno. Almagro seguro ya de la victoria, gritaba: "Prendez, pero no mateis".

Vaca de Castro, que desde una altura seguía los vaivenes de la lucha, advirtió que era el momento de acudir en alivio de su esforzado capitán, llevó al combate su reserva con ímpetu violento. Vacilaron los de Almagro. Repusieronse al punto, empero, vivo el valor y exhaustas las fuerzas, duró poco la resistencia. Almagro multiplicábase alentando a los suyos. Buscaba la muerte que cumplía a un héroe de su talla. Vefase atropellado por sus hombres en fuga. Desafiaba macanas y arcabuces con su espada. Con el arrojo y la impasibilidad de quien pugna por arrancar a la suerte su careta de fantasma, hería sin ser herido, mataba sin que dardo fatal alguno le alcanzase.

(Continúa en el próximo número)

Banco Nacional

DE PANAMA

FUNDADO EN 1904

DEPOSITARIO OFICIAL DE LA REPUBLICA
OPERACIONES BANCARIAS EN GENERAL



Cuenta con el mejor servicio en el país con sucursales
en Colón y agencias en

AGUADULCE

ALMIRANTE

BOCAS DEL TORO

CHITRE

CONCEPCION

DAVID

LAS TABLAS

O C U

PENONOME

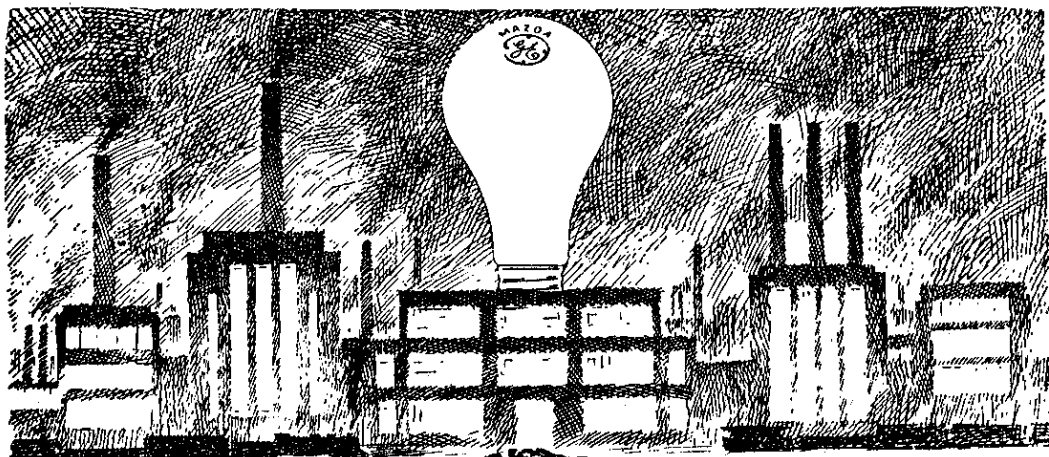
PUERTO ARMUELLES

SANTIAGO



Dirección Telegráfica: "BANCONAL"

EDUARDO DE ALBA, Gerente



La Guerra de Fábricas

La guerra actual es una guerra de máquinas y fábricas. Las fábricas necesitan bombillas eléctricas para poder trabajar sin interrupción por espacio de 24 horas por día. Como consecuencia, existen restricciones en los suministros de Bombillas G.E. Mazda.

Siempre es un buen proceder el comprar lo mejor, pero especialmente cuando los suministros son limitados; por consiguiente, les aconsejamos que adquieran un suministro de reserva de Bombillas G.E. Mazda sin demora, cuando estén disponibles, con el objeto de evitarse desengaños probables más adelante.

Podemos asegurarles que por nuestra parte estamos haciendo todo lo posible para satisfacer la demanda de nuestros clientes y distribuimos los suministros disponibles con una imparcialidad escrupulosa.



COMPañIA PANAMEÑA DE FUERZA Y LUZ

SIEMPRE A SUS ORDENES

PANAMA

COLON

Cervezas Panameñas



Acompañe al placer de una comida
la delicia de una Cerveza Helada



Balboa-Milwaukee-Atlas



Cervecería Nacional, S. A.

THE STAR & HERALD Co.

(LA ESTRELLA DE PANAMA)



TIPOGRAFIA
LITOGRAFIA
FOTOGRAFADO
RELIEVE
ENCUADERNACION
PAPELERIA

≡ **EL MEJOR EQUIPO** ≡

Y EL MAS MODERNO DE HISPANO-AMERICA



PANAMA, R. DE P.

Teléfono 696

Apartado 159

NUMERO 8

CALLE DEMETRIO H. BRID

No. 8

PLAN DEL SORTEO EXTRAORDINARIO No 1320

DE B. 100.000.⁰⁰

50 FRACCIONES

Que se jugará el día 9 de Julio de 1944



PREMIO MAYOR

1 Premio Mayor de.....	B/.100,000.00	B/.100,000.00
1 Segundo Premio.....	30,000.00	30,000.00
1 Tercer Premio de.....	15,000.00	15,000.00
18 Aproximaciones de.....	1,000.00	cada una	18,000.00
9 Premios de.....	5,000.00	cada uno	45,000.00
90 Premios de.....	300.00	cada uno	27,000.00
900 Premios de.....	100.00	cada uno	90,000.00

SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones de.....	B/. 250.00	cada una	4,500.00
9 Premios de.....	500.00	cada uno	4,500.00

TERCER PREMIO

18 Aproximaciones de.....	B/. 200.00	cada una	3,600.00
9 Premios de.....	300.00	cada uno	2,700.00

1,074	Total.....	B/.340,300.00
-------	------------	---------------

PRECIO DEL BILLETE.....B/.50.00

Precio del quincuagésimo de billete..... 1.00